

77 Poemas*

MOMENTO MARINO

Cae el Sol vertical
y el nervioso cristal
de las ondas se ofusca y parece que reta
a las flechas de luz que combaten la sal.

Las burbujas que saltan fulgen más que el diamante:
dignas son de engarzarse en diadema de quiméricas sienes
Y al mirar el delirio del mar beligerante
y fulgurante,
digo al mar unos versos supremos de Juan R. Jiménez!

Veracruz, marzo 25 de 1914

(de *Primeros poemas*)

* Para la selección de los poemas que a continuación ofrecemos, hemos empleado el volumen de *Poesía* de Pellicer, preparado por Luis Mario Schneider y editado por el Fondo de Cultura Económica en 1981. En él se incluyen los siguientes libros de poesía previos: *Colores en el mar* (1915-1920), *Piedra de sacrificios* (1924), *6, 7 poemas* (1924), *Hora y 20* (1927), *Camino* (1929), *Hora de junio* (1937), *Exágonos* (1941), *Recinto y Otras imágenes* (1941), *Subordinaciones* (1949), *Práctica de vuelo* (1956), *Sonetos lamentables*, *Sonetos para el altar de la Virgen*, *Cuerdas, percusión y aliento* (1976), y los póstumos y antologados por el compilador del volumen del FCE: *Reincidencias* (1978), *Poemas no coleccionados* (1922-1976), *Cosillas para el Nacimiento*, *Primeros poemas* (1913-1921).

En el caso de los tres materiales prosísticos de Pellicer —salvo el titulado “Mi trato con los escritores” (que fue en realidad una conferencia recogida póstumamente por el suplemento *La cultura en México* del 18 de marzo de 1977)—, fueron encontrados en el disperso archivo del poeta.

BALADA INÚTIL

Muchas veces
voy con mi abuela a ver la tarde
al banco de la playa donde a veces
pienso en una mujer como la tarde.
El horizonte viste
la púrpura imperial solemnemente.
Y ante el magno poniente
se duerme el viejo mar déspota y triste.
Cerca de un barco viejo
un muchacho se viste.
Y allá, cerca del muelle, hay un reflejo.
Mi abuela me platica alguna cosa
feliz, pero pasada.
De pronto una gran nube luminosa
me llena la mirada:
El apogeo crepuscular. Llorosa
hay una estrella sola y plateada.
Y mi abuela prosigue esa gran cosa
feliz, pero pasada.
Habla apaciblemente como cuando
conversa una mujer y está bordando,
y al par que una puntada,
dice alguna palabra mesurada.
Me aconseja y acepto.
Tiene tanta razón, que no discuto.
¡Y es tan dulce el precepto!
Mi abuela y yo vestimos el gran luto
de la noche que vuelve. Ella suspira
por algo que no sé... La brisa fresca
guía a la nave de nocturna pesca.
¡La cuerda del amor canta en la lira!
Mi abuela alaba mi bondad con creces.
Mi corazón brutal siento que se arde
porque a veces,
¡pienso en una mujer como la tarde!

Campeche, Agosto de 1915

(de *Primeros poemas*)

ALBA DEL PUERTO

Desmesuradamente se abría la mañana
como un alma sincera ante una multitud.
Las velas de los barcos eran de porcelana
y el mar se despertaba como una juventud...

El azul fue aclarándose hasta quedar sonriente.
Naves fuera de rada comenzaron a entrar.
Venían sobre los mástiles pájaros indolentes
que el ruido de las áncoras se dieron a volar.

Era la fiesta diaria de la vida porteña
llena de rostros pálidos por el sol tropical.
Desdoblando la sábana de su dorada enseña
un opulento barco llegaba al litoral.

Hombres de gruesos músculos iban al muelle viejo.
Alguna vez un garito desparramó su voz,
llevaba una mujer un enorme cangrejo
de su cesta rota se escapaba el arroz.

Yo me alejé. Y allá, en una playa sola,
dejé mis blancas ropas y al agua me lancé,
para sentir la túrgida palmada de la ola.
El mar, de bien talante, dijo una "fuga en re"

Campeche, 1915

(de *Primeros poemas*)

SIN TÍTULO

Palmas rotundas se abanicán lentas
con principesco orgullo. Gravedades
de su soledad de ancianos. Somnolientas
hipnotizan las verdes soledades.

Una soberbia de solemnidades
regias decora el occidente. A tientas
se iba el día entre las sombras. Cenicientas
se han quedado unas rojas vanidades.

Eran nubes muy altas... Eran nubes.
Y le digo a mi alma: Ya no incubes
ideas crepusculares. Tienes veinte
años en esta vida... mira cuánto
oro tiene ya el cielo... ¡Falta tanto
para pensar así! Sueña, sueña y presente...

Abril de 1916

(de *Primeros poemas*)

NOCTURNO XIX

Nada en esta noche para mi alma.

Nada.

El mutismo de la sombra
como caridad hermana.

El misterio de los libros
de las páginas blancas,
y la serenidad augusta
de la venus blanca.

Nada que me conturbe,
nada que me examine.

El Silencio está conmigo
y con su mano me omprime...

Vaguedad de mis ensueños,
unificaciones santas.

Mis odaliscas enfermas
y mis momias extranguladas.

La arena de mis relojes
en el suelo regada.

Nada en esta noche para mi alma,
nada.

Noviembre, 1916

(de *Primeros poemas*)

SIN TÍTULO

El Sol! El Sol! El Sol!...
Detrás de un arrebol
llegó aquel joven Sol.

Y el alba al encender
el gran faro del día
en la noche del Tiempo, todo lo desoía;
y yo volvía a nacer.

Nubes en sol mayor
y olas en lá menor.

La vida era tan bella como el amanecer.
Pareció que en el mar
se bañasen mil niños; así las olas eran
infantiles y claras de gritar.

Y una mujer pasaba
toda dominical.

(de Colores en el mar)

SIN TÍTULO

Es un mar levantisco que ni con malecones
ha podido quietarse: es un mar muy latino...
De la túrgida agua los móviles montones
truenan bárbaramente; tal el verbo marino.

Rueda en rápidas rondas el rubumbio pontino,
y al distanciar la espuma de sus cuerpos trotones
es porque en las aristas del malecón salino
soberbiamente proclamó sus evasiones!

Mar levantisco y fuerte de rodante ambulancia;
mar que asusta a la fácil y vibrante elegancia
del palmar que dijérase agarrara a la brisa.

Y no hay nada tan bellamente enorme y retante
como la inmensidad y la salvaje prisa
deste mar ondulante, rebotante y triunfante.

El Mar. La tarde. Niños. Recuerdos de Sorolla,
(Corren las pinceladas del pintor, como el mar.)
El mar que ve a los niños disparatar, se embrolla
y se cae, se endereza y se pone a jugar.

Las chiquillas son Evas y los niños Adanes,
pero ellos no lo saben. Delira el carmesí.
Y el mar que se atropella rasgando sus olanes
una vez es grotesco y otra vez es sutil.

Vida que en las cabriolas del mar anulas todos
mis éticos problemas, gracias, por tu virtud.
Dosel de auroras tienen sitios de tu trono!
Tu reinarás radiante sobre mi juventud.

(de *Colores en el mar*)

SIN TÍTULO

Desde aquella caverna solitaria
oí la voz del mar. La tarde era.
Ennegrició una roca su estatuaría
tosca, gris, colosal, grave y primera.

Y oí la voz del mar que saludaba
las palideces lentas y cordiales,
de aquella tarde que se desbandaba
como las hojarasca otoñales.

Nada tan desasido y tan supremo
como un hondo crepúsculo marino,
que con una amplitud a flor de extremo
lo abarca todo como un arco andino.

El anonadamiento de la hora
se iba poniendo como humedecido:
la silente ficción elevadora
de un éxtasis de otoño oscurecido.

Y el silencio bajó de las estrellas.
El mar tembló la última vez. Mis manos,
saciaron su sed de tocar huellas
de cóleras de mar, como de arcanos.

(de *Colores en el mar*)

ESTUDIO

A Pedro Henríquez Ureña

Jugaré con las casas de Curazao,
pondré el mar a la izquierda
y haré más puentes movedizos.
¡lo que diga el poeta!
estamos en Holanda y en América
y es una isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.
con las cuerdas de la lira
y los pañuelos del viaje,
haremos velas para los botes
que no van a ninguna parte.
la casa de Gobierno es demasiado pequeña
para una familia holandesa.
por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
y por esa callejuela sospechosa
haremos pasar la Ronda de Rembrandt.
...pásame el puerto de Curazao!
isla de juguetería,
con decretos de Reina
y ventanas y puertas de alegría.

(de *Colores en el mar*)

SIN TÍTULO

Ayer se hundieron
un barco holandés y el Sol.
La medianoche ha quedado estancada
en los astros mayores y en los pechos de amor.

En la playa hay preguntas y luciérnagas.
En el puerto solo yo soy feliz.
Tu nombre me salva del Mundo!
Divina palabra!

Silencio y Abril.

(de *Colores en el mar*)

SIN TÍTULO

Como un país demolido,
está el mar.
El mar ha naufragado
después de muchos siglos de inútil navegar.

Los puertos están anclados para siempre.
Baja un alto silencio sobre la Humanidad.
El mar ha naufragado
después de tantos siglos de loco navegar.

(de *Colores en el mar*)

LA TEMPESTAD EN LOS ANDES (fragmento)

Muchos siglos de sombra
sumáronse esa noche
cuando bajamos de los Andes
con un trágico goce
Una luna corta y cortante
preconizó la catástrofe.

Cuando la noche nos invadió
bajábamos de los Andes
y las cabalgaduras estragadas
nos recortaron alcances.
Fue esa la noche más negra
que nunca hubo caído sobre los Andes.
(El mundo debió haber sufrido
los más lúgubres trances.)
Y la lluvia larga
era tal vez el agua negra del pozo de los males.
Los rayos
apuñalearon el paisaje,
y ante el ojo del relámpago
se ensoberbecían los Andes
con ese gesto de soberbia
de las únicas cosas más grandes.
Mi amigo escupía maldiciones.
Una ráfaga insólita se metió en los ramajes.

Y como esa noche estaba hecha de siglos
y peripecias de viaje,
lanzamos a la cólera de los nocturnos cíclopes
el valeroso albur de seguir adelante.
Cuando ya algunas horas
habían muerto en la sombra,
la luna corta y cortante
era el único fruto de una gigantesca fronda.
Pero hubo de ser fruto disfrutado por las nubes,
y así proseguimos en la peor sombra.
(Nadie habría pensado ser nunca bueno
después de aquella noche!...)

Sola,
como la estrella de la tarde,
te me apareciste luminosa,
oh amada de los modos vesperales.
Y te crucifiqué sobre los cielos,
y así, transfigurada en Cruz Austral,
diste luz al sendero
dorado con tu suave martirio celestial.

(de *Colores en el mar*)

RECUERDOS DE IZA
UN PUEBLECITO DE LOS ANDES

- 1 Creeríase que la población,
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.
- 2 Y así bajo la cordillera
se apostó febrilmente como la primavera.
- 3 En sus ventas el alcohol
está mezclado con sol.
- 4 Sus mujeres y sus flores
hablan el dialecto de los colores.
- 5 Y el riachuelo que corre como un caballo,
arrastra las gallinas en Febrero y en Mayo.
- 6 Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.
- 7 Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.
- 8 Como amenaza lluvia,
se ha vuelto morena la tarde que era rubia.
- 9 Parece que la brisa
estrena un perfume y un nuevo giro.
- 10 Un cantar me despliega una sonrisa
y me hunde un suspiro.

(de Colores en el mar)

ODA

¡América, América mía!
La voz de Dios sostenga mi rugido.
La voz de Dios haga mi voz hermosa.
La voz de Dios torne dulce mi grito.
Loada sea esta alegría,
de izar la bandera optimista.
Galopan los océanos y las montañas crecen.
Y sobre el Golfo de México y el Mar Caribe;
sobre el Mar Atlántico y el Mar Pacífico;
sobre el Popocatepetl y el Momotombo,
el Chimborazo y el Sorata;
sobre el Usumacinta y el Orinoco
y el Amazonas y el Plata,
la Cruz del Sur abre su cuerpo armonioso.
El Ecuador te ciñe y te ciñen los Trópicos
y todos los climas se hacen visibles y tangibles
en tu flora y en tu fauna.
Del Indostán, padre del Egipto, nacieron
la religión tolteca y la religión incaica.
Y en las guirnaldas épicas de sus peregrinaciones
los videntes ensangrentaban sus ofertorios
y los arquitectos erigían ciudades de piedra labrada.
Teotihuacán y Cuzco están en ruinas
pero las águilas y los cóndores todavía se levantan.
América, América mía:
desde el alarido del salvaje
hasta la antena de radio-telegrafía.
Desde la selva sin sendero y el camino pastoril por la sierra
hasta la locomotora y el hidroavión;
desde el Cacicazgo hasta la República,
todo está en ti vivo y actual en tu cabeza y en tu corazón.
Vives al día en toda cuestión humana;
todas las civilizaciones están aún en ti.
Y he aquí que después de esta milenaria experiencia
se acerca la hora en que vas a tocar tu clarín.
Frescas herencias de hombres de diamante
fructificarán.
Cuauhtémoc, joven y heroico,

Atahualpa y Caupolicán.
 Bolívar y San Martín,
 y Pedro emperador del Brasil
 y Sucre y Morelos y Juárez
 y Artigas y Morazán y José Martí.
 Loadas sean España y Portugal;
 la espada del Cid y la brújulas de Colón
 y de Vasco de Gama.
 Porque en las epopeyas de la tierra y del mar
 resplandeció la realidad de la ilusión.
 América, América mía.
 junto a Bolívar va Rubén Darío.
 Libertador de América,
 tú estás en las montañas y en los ríos;
 en el canal de Panamá y en el Estuario de Buenos Aires.
 Tus videncias se cumplen.
 ¿Cuál hecho habrá en América por el que tú no hables?
 "Cabeza de los milagros, lengua de las maravillas."
 Un día, cercano está, turgente día,
 la raza de relámpagos que son tus pensamientos,
 hará de la esperanza una alegría
 continental. Y tan solo sentimiento
 fundará la democracia nueva
 de la América Latina.
 Y serán tus caballos de batalla
 las cuadrigas triunfales del vasto tren de América;
 y del mármol generoso de tus tribunas
 se hará el hogar del nuevo hogar de América;
 y con el ejemplo de tus perfecciones rotundas:
 la amistad armoniosa y la libertad sagrada,
 nuestro espíritu será tu obra maestra
 y así serás del mundo nuevo la evocadora alma.
 ¡Libertador de América,
 libranos del egoísmo y del rencor,
 de la hipocresía y de la envidia,
 pues sobre toda catástrofe fulgurabas amor!
 Canto de vida y canto de esperanza
 fue tu canto, poeta.
 Limitaste los elementos al fenicio romano;
 le falta la anuencia de Dios, la máxima anuencia.
 Vaso de toda belleza moderna y antigua,

vaso de toda belleza
ofreciste.
Hombre que de toda tristeza
supiste.
Vertiente de música,
pecador y profeta,
desde París cantabas
para tu América.
Y al Continente diste la noticia espléndida
del progreso argentino,
maravilloso mensajero de nuestros destinos.

América, América mía,
loada sea esta alegría
de izar la bandera optimista.
Cúmplete a ti misma tus cosechas futuras,
vuelen sobre tus ciudades
los aviones
obedeciendo al dulce fin
de las alianzas más puras.
Y nuestros corazones rompan en las alturas
la caja portentosa de tu amoroso fin.

(de Piedra de sacrificios)

IGUAZÚ

Agua de América,
agua salvaje, agua tremenda,
mi voluntad se echó a tus ruidos
como la luz sobre la selva.
Agua poderosa y terrible,
tu trueno es el mensaje
de las razas muertas a la gran raza viva
que alzaré en años jóvenes la pirámide
de las renovaciones cívicas.
Desde los anfiteatros donde toca tu orquesta
se descuelgan las ráfagas sinfónicas
de la gracia y de la fuerza.
Y así desde México sigo

creyendo que las aguas de América,
caen tan cerca de mi corazón,
como la sangre en las liturgias aztecas.
Lo mismo que frente al Tequendama
cuya catarata pasó por mis propias arterias,
ante ti el motor de mi ser centuplica
la libertad heroica de sus ansias
y enciende la voz del olvido
sobre sus horas trágicas.
Las grandes aguas del Señor
iluminan la sombra de las almas.
Y cantan las aguas la leyenda
de la selva que camina por las montañas;
de las maderas ágiles que llegan
a pintar los paisajes coronados de pájaros
con sus banderas verdes y sus bejucos largos.
El agua del Iguazú se derrumba a grandes gritos
o cae en simple melodía;
numera el infinito
igual en una cuerda que en locas griterías.
Se echa abajo rodando en franjas gruesas
o se deshila sutilmente;
echa a rodar dos mil cabezas
o aligera el destino de una frente.
Está cañoneando el abismo
con su artillería sin tregua.
En otro salto brinca como un niño
y en otro salto solamente sueña.
El río de cincuenta saltos
y en cada salto tiene una voz diversa.
Iguazú, Iguazú, Iguazú, Iguazú.
Con tambores gigantes llama a reunión a la selva;
con violines agudos atrae a la golondrina.
En *re* mayor toca un gran piano más lejos;
se inclina sobre los follajes como una lira
que conquista al hombre o al lucero
y en las agujas de abajo toca sus flautas líquidas.
Agua de Iguazú, agua grande, agua soberbia,
mi voluntad será como la tuya,
numerosa y fanática,
sin temores ni exclusas.

Acampará a tu vera para elogiar la música
de las aguas de América,
retornará al instante que hizo brotar tus rumbos,
alcanzará tu juventud perpetua
y humilde o grande se plantará en el mundo,
como tu voz en medio de la selva.

(de *Piedra de sacrificios*)

PIEDRA DE SACRIFICIOS (fragmento)

América mía,
te palpo en el mapa de relieve
que está sobre mi mesa predilecta.
¡Qué cosas te diría
si yo fuese tu profeta!
Aprieto con toda mi mano
tu armónica geografía.
Mis dedos acarician tus Andes
con una infantil idolatría.
Te conozco toda:
mi corazón ha sido como una alcancía
en la que he echado tus ciudades
como la moneda de todos los días.
Puestas de sol, desde Buenos Aires
llevaron a México el ojo futuro de mis osadías.
Tú eres el tesoro
que un alma genial dejó para mis alegrías.
Tanto como te adoro lo saben solamente
las altísimas noches que he llenado contigo.
Vivo mi juventud en noviazgo impaciente
como el buen labrador esperando su trigo.
Serenata que te he llevado
río arriba del Paraná;
salmo que te he cantado
sobre los Andes o desde el mar.
Rango industrial de Sao Paulo.
Palacios y muelles de Buenos Aires.
Escuelas del Uruguay.

Dulzura caraqueña por las vegas del Guayre.
Y el ritmo colombiano,
y la ternura del Perú.
Desde una esquina de Valparaíso
vi alzarse un astro audaz sobre un triángulo azul.
Y toda tú, Amada, y tus islas envilecidas
por un desembarco brutal.
Y tus breves repúblicas raídas
por la extranjera voracidad.
Rondo tu mapa en relieve
con el paso invisible de mis ojos.
Te palpo con mis dos manos,
y cuando voy a decírtelo todo,
me vuelvo un cielo de lágrimas
tan ancho y tan hondo,
como la angustia de un buque en la noche
cuyo jefe se ha vuelto loco.
América mía:
Mi juventud es tempestad nocturna
por este amor a ti, terrible, bello y solo.

A Germán Arciniegas, en Bogotá

(de Piedra de sacrificios)

SUITE BRASILEIRA
POEMAS AÉREOS
(fragmento)

PRIMERA VEZ

Desde el avión,
vi hacer piruetas a Río de Janeiro
arriesgando el porvenir de sus puestas de sol.
Se ponía de cabeza
sin derramar su bahía.
Y en la lotería de sus isletas
ganaba y perdía.
El cielo se llenaba de automóviles
y de sombra a las 12 del día.

El Pao de Assucar era un espantapájaros
soberbio, de lógica y fantasía.
Las palmeras desnudas
andaban de compras por la Rúa D'Ouvidor.
De pronto la ciudad
entró en espiral
junto con el avión,
lo mismo que 300 kilates de diamantes
en el embudo de un buen corazón.
Al bajar,
tenía yo los ojos azules
y agua de mar dentro del corazón.

SEGUNDA VEZ

Lo que me importa el mundo
desde la sombra eléctrica del aeroplano.
—Soy un poco de sol desnudo
libre de los pies y de las manos
Estoy, solamente,
estoy, nada más.
El cielo en mi frente
cambiándome el mar.
El motor que perfora el aire espeso
algo tiene de bólico y de toro.
Pasamos muy cerca del queso
de la luna matinal, leche y oro.
Bajo las alas tensas, plásticas,
la naturaleza es un proyecto aceptable,
las mujeres nunca han sido románticas
y la patria es continentalizable.
El mundo es una pobre cosa
llena de gustos yanquis y consideraciones.
Mas desde el aeroplano se medita en la gloria
de unir banderas y cantar canciones.
Se ve hasta el Polo Sur.
(Naturalmente, con los anteojos de mis ojos.)
En el idioma quedan lo rápido y lo azul
dominando un mapa incoloro.
Abajo están las viudas y los juristas,
la Emulsión de Scott y los grandes deudores.

(Por un momento el alma se contrista
como un poco de viento sobre un campo sin flores.)
Se raja la hélice mil veces por minuto.
Una nube pasó sin volar.
Abajo, en el fondo del mundo
la tinta del poema se ha empezado a borrar.

(de *Piedra de sacrificios*)

BALADA TRÁGICA DEL CORAZÓN

Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Tiene el pecado inconfesado
de ver su América, y dudar.
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Ve desde el monte de sus sueños
que los crepúsculos duran más
que las auroras. Ve que el día
no se acaba de iluminar.
La raza tiene un angustioso
y desacorde caminar.
El horizonte se electriza
con un propósito imperial.
El horizonte, que es inmenso
¿como una puerta se va a cerrar?
Mi corazón, arrinconado,
lleva tres siglos de llorar.
Mira a su América: la túnica
ya desgarrada y sucia está.
Sucia y desgarrada mira
la túnica continental.
Una sombra como la que proyectan
los Andes sobre el Brasil,
está detenida en medio
de la tierra loca y hostil.
La sombra excelsa no responde.
Está pensando y su pensar

tiene una honda respuesta
que nadie quiere interpretar.
Yo que adoro esa sombra cuyo nombre
ni siquiera soy digno de pronunciar,
quisiera arrancarme el alma
y estrellarla a sus pies en un santo ademán.
Y he de esperar arrinconado,
y acaso esta duda he de expiar
pues mi corazón inundado
lleva tres siglos de llorar.

(de *Piedra de sacrificios*)

ODA A CUAUHTÉMOC (fragmento)

I

Señor, tu voluntad era tan bella,
que en la tragedia de tus meses imperiales
aceleraba el ritmo de las grandes estrellas.
En mí ha quedado el instante
en que fue más terrible tu tristeza:
cuando buscaste alianzas
entre los hombres de tu raza
y tu grito se perdió entre la selvas.
En mí ha quedado ese instante de tu amargura sola
y ante tu desolada grandeza
rompo las melodías del amor y el ensueño
y trueno la sinfonía de la tragedia.
Y a tu soledad augusta
tiendo mi soledad de hoja que rueda.
Tu adolescencia religiosa
y tu juventud heroica y soberbia,
me tornan de hoja que soy,
en montaña y en selva
para bajar a grandes gritos proclamando tu grandeza
y despertando a puntapiés a los que han olvidado
el rumbo prodigioso de tu estrella.
El arco negro se tendió ante la aurora
y en el último astro fue a clavarse la flecha.

II

Consagremos al primero de los mexicanos
una montaña o un pedazo de cielo.
Alegrémonos por la maravilla de sus actos.
Era hermoso como la noche y misterioso como el cielo.
Pero su dolor no puede medirse
ni con la órbita de los planetas gigantescos,
ni con los itinerarios
de las estrellas caudales que iluminan el miedo.
Su dolor,
que en el espejo negro de mis ojos
empieza a revelarme
la eterna angustia y el dolor eterno.
Cuauhtémoc tenía 19 años
cuando en sus manos
como un águila herida cayó el Imperio.
Tenoxtitlán era la ciudad más hermosa
de todas las ciudades del mundo nuevo.
El divino Quetzalcóatl,
llamado Ku-Kul-Kan en la tierra del faisán y del ciervo,
había anunciado,
hacía ya muchas vueltas de tiempo,
que vendrían por el Sur otros hombres.
Y así, tuvo sueños.

(de *Piedra de sacrificios*)

LA PRIMAVERA

Salomón:
iza tu bandera,
te envió un mensaje de la primavera.
Repiques de mi corazón
y una danza de la brisa ligera.
Dilapidemos nuestra juventud
fieles a su alegría.
¿Qué sea el mundo un ataúd?
¡Qué sea! Pero con melodía
nuestra.

Y así tendremos ya caja de música
para danzar la danza maestra
de nuestra misteriosa inquietud.
La primavera dice:
que se pondrá una corbata mía
para desembarcar
en la dulce playa de tu filosofía.
(Como recordarás,
la primavera
siempre llega
por el mar...)
Dice que trae perfumes griegos,
pañuelos importados de la luna
y danzas, lentas danzas, una danza secreta.
La primavera dice:
“¿Qué es eso de Xochimilco?”
Ella no sabe que allí tiene
parientes
y un poema infinito.
El mensaje
está lleno de pretextos
ondulantes.
Dice que la Venus de Milo
se ha engordado,
que ya no está como antes.
Sabe de Luisa y de Esperanza,
perlas de unos diamantes.
La primavera canta:
dame
la onda de tu adolescencia,
el nardo y la tristeza de tu novia
y te daré a besar mi cabellera.
Así pues, estas cosas
son para ti también. La primavera,
cadenciosa y certera
será por ti tal vez más cadenciosa
y más divina. Canta tu ligera
canción. Abre tus fuentes; liga
al cobre denso de tu escala grave
la levedad de tu mejor amiga.
Salomón, sabe que iremos a la estación

a recibir a la primavera.
Te mando 10 minutos de esta tarde
para tu colección de acuarelas.

A Salomón de la Selva

(de 6, 7 poemas)

ANIVERSARIO

Aniversario de una luna nueva,
aniversario de mi corazón.
Y celebra la fiesta el mar divino
con un soberbio *sport*.
Estas olas desnudas
de diecisiete años
con sus cabellos de brisa con luna
y que juegan un juego extraño.
Aniversario de una luna mía,
aniversario.
Se canta en el poema,
por tristeza y olvidanza,
la gota perenne de una estrella
sobre la estalactita de la esperanza.
Las olas abundantes y bailadas;
fotografía del puerto y ojos de mujer.
Se canta en el poema, amiga mía,
lo que no pudo ser.
Aniversario. Cálida marina.
Eternidad de ayer.

(de 6, 7 poemas)

MOTIVOS

Hombre que aras la tierra
tan de mañana,
tus bueyes vienen jalando

la proa del alba.
De tus manos potentes y rojas
caen los limpios granos;
y se humedecen con el rocío
y tu sudor sagrado.
De la garganta de los pájaros
sacas tu música libre,
y te la bebes tan pura como el agua
que en jarro ondulante bebiste.
En cada surco nuevo
siembras la esperanza.

Tu fe está en la lluvia.
Lo demás, lo cantas.

Pastor de las crías, tan tiernas
que hay que acariciarlas,
a veces la luna por ti está más cerca
que tu propia casa.
Al mejor paisaje le das tus becerros
y en tus correrías,
tu sed se ha secado con cuatro naranjas
compradas al día.
El día es tu feria, tu juguetería.

(de 6, 7 *poemas*)

ELEGÍA

Desde el balcón, se ve:
han pasado muchos automóviles.
Desde el balcón, se piensa:
odio todos los libros.
Estoy triste porque no soy bueno.
Domingo. Uno desos estúpidos
domingos sin sol.
La catedral parece que está hipotecada.

Yo me muero de ganas
de huir
de mí.
Parece que he comido manzanas
yanquis.
Una sola mujer hay en el mundo,
pero está ausente.
Si yo fuera pintor,
me salvaría.
Con el color
toda una civilización yo crearía.
El azul sería
rojo
y el anaranjado,
gris;
el verde saltaría en negros estupendos.
¡Sabidurías
de los colores nuevos!
Mi taller estaría en las llanuras
de Ápam. Cesaría la duda
actual. No pintaría hombres sino volcanes.
Vendrían los más ilustres
de la América del Sur:
el Tunguragua y el Sajama
dejarían su anticuado fondo azul,
su seriedad y sus várices
colosales.
Yo tendría ojos en las manos
para ver de repente.
Unas meditaciones llenas de cantos
nuevos, encenderían mi frente.

Pero es imposible.
De pronto atraviesan horripilantes
soldaditos de Meissonier.
Mi vida está llena de gritos
bajo un ciego crepúsculo de fe.

(de 6, 7 poemas)

DESEOS

Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color.
Todo lo que yo toque
se llenará de sol.
En las tardes sutiles de otras tierras
pasaré con mis ruidos de vidrio tornasol.
Déjame un solo instante
dejar de ser grito y color
Déjame un solo instante
cambiar de clima el corazón,
beber la penumbra de una cosa desierta,
inclinarme en silencio sobre un remoto balcón,
ahondarme en el manto de pliegues finos,
dispersarme en la orilla de una suave devoción,
acariciar dulcemente las cabelleras lacias
y escribir con un lápiz muy fino mi meditación.
¡Oh, dejar de ser un solo instante
el Ayudante de Campo del sol!
¡Trópico, para qué me diste
las manos llenas de color!

A Salvador Novo

(de 6, 7 poemas)

NOCTURNO

¿Recordáis a la luna
la que en las manos de la amada,
como una cosa matutina
crecía y se alejaba?
(¡Todavía!...)
¿Aquella luna del pueblo
con su piano y su esquina
donde acabó la aurora
por vender en la tarde sus últimas neblinas?
(¡Todavía!...)
¿Olvidasteis ya la luna del suspiro
tan terrenal y tan íntima?

¿El puño cerrado y vacío
 en que la frente se queda tirada
 con un poco de frío?
 ¿La mirada movida de repente
 como el falso silencio del estío?
 ¡La luna como una joven bañada
 con su perfume silencioso
 y su inmensa mirada!
 La luna del patio
 un poco pavorosa y otro poco hechizada.
 ¡Cuando en la calle no era más que una
 docena de ropa blanca!
 ¡Cuando en realidad todos sabíamos
 que no era nada!
 (¡Oh amigos míos,
 siento que el lápiz escribe solo
 estas antiguas palabras!)
 Sí.
 He vuelto a recordar aquella luna
 con su noche palaciega y aldeana.
 ¡Aquel ritmo del aire iluminado!
 Aquella suntuosidad espontánea
 de la luna sobre las noches del pueblo.
 Y el corazón agarrado del alma
 en la orilla de tanta maravilla
 como una hoja
 que va a caer en el agua.
 Y ¿cómo he de olvidar al grillo
 en cuya amarillenta voz de radio
 jamás entendí nada que no fuera sencillo?
 ¡El grillo con su arte menor
 y su oculto brillo!
 Fumaré para cambiar el tema
 y cerrar el panorama.
 Tanta belleza
 puede arder en la última vicisitud del alma.
 Mientras llueve,
 pondré a secar mis lágrimas,
 porque después le contaré al fonógrafo
 un nuevo cuento de hadas.

(de 6, 7 poemas)

NOCTURNO

No tengo tiempo de mirar las cosas
como yo lo deseo.
Se me escurren sobre la mirada
y todo lo que veo
son esquinas profundas rotuladas con radio
donde leo la ciudad para no perder tiempo.
Esta obligada prisa que inexorablemente
quiere entregarme el mundo con un dato pequeño.
¡Este mirar urgente y esta voz en sonrisa
para un joven que sabe morir por cada sueño!
No tengo tiempo de mirar las cosas,
casi las adivino.
Una sabiduría ingénita y celosa
me da miradas previas y repentinos trinos.
Vivo en doradas márgenes; ignoro el central gozo
de las cosas. Desdoblo siglos de oro en mi ser.
Y acelerando rachas —quilla o ala de oro—,
repongo el dulce tiempo que nunca he de tener.

(de 6, 7 poemas)

VACACIONES

Días azules
en mi pueblo de tejados
como libros abandonados.
Días azules
con sus tardes moradas
a través de palmeras danzarinas
y nubes imperiales.
Días azules
con noches negras fascinadas
por los ritmos pentagonales
de las estrellas.
Días azules
arreglados por la mujer amada
que escogía mis joyas

en sus miradas.
Días pintados
con los vestidos de ella.
Días medidos
con la cintura de la primavera.
Y nada de nocturnos olvidados
en relojes de antigua belleza.
Estos son los días sobrenaturales
en los que el suceso de la aurora
maravilla mis ojos medioevales.
Éstas las dulces horas
que Dios me regala como juguetes
de navidad,
a cambio de semanas impostoras.
Días azules
como horas
submarinas
plateadas y doradas de repente
por acuáticas serpentinadas
Horas salvadas
como pedrerías en un naufragio.
Ensartadas
en el hilo de la eternidad.
Mi corazón es tu alabanza,
palmera de mis días azules,
mujer fiel, como las playas
y los brazos eternos de las cruces.

(de *Hora y 20*)

GRUPO DE PALOMAS

A la señora Lupe Medina de Ortega

1

Los grupos de palomas,
notas, claves, silencios, alteraciones,
modifican el ritmo de la loma.
La que se sabe tornasol afina

las ruedas luminosas de su cuello
con mirar hacia atrás a su vecina.
Le da al sol la mirada
y escurre en una sola pincelada
plan de vuelos a nubes campesinas.

2

La gris es una joven extranjera
cuyas ropas de viaje
dan aire de sorpresas al paisaje
sin compradoras y sin primaveras.

3

Hay una casi negra
que bebe astillas de agua en una piedra.
Después se pule el pico,
mira sus uñas, ve las de las otras,
abre un ala y la cierra, tira un brinco
y se para debajo de las rosas.
El fotógrafo dice:
para el jueves, señora.
Un palomo amontona sus *erres* cabeceadas,
y ella busca alfileres
en el suelo que brilla por nada.
Los grupos de palomas
—notas, claves, silencios, alteraciones—,
modifican lugares de la loma.

4

La inevitablemente blanca,
sabe su perfección. Bebe en la fuente
y se bebe a sí misma y se adelgaza
cual un poco de brisa en una lente
que recoge el paisaje.
Es una simpleza
cerca del agua. Inclina la cabeza

con tal dulzura,
que la escritura desfallece
en una serie de sílabas maduras.

5

Corre un automóvil y las palomas vuelan.
En la aritmética del vuelo,
los *ocho* árabes desdóblanse
y la suma es impar. Se mueve el cielo
y la casa se vuelve redonda.
Un viraje profundo.
Regresan las palomas.
Notas. Claves. Silencios. Alteraciones.
El lápiz se descubre, se inclinan las lomas,
y por 20 centavos se cantan las canciones.

(de *Hora y 20*)

ESTUDIO

A Carlos Chávez

La sandía pintada de prisa
contaba siempre
los escandalosos amaneceres
de mi señora
la aurora.
Las piñas saludaban el medio día.
Y la sed de grito amarillo
se endulzaba en doradas melodías.
Las uvas eran gotas enormes
de una tinta esencial,
y en la penumbra de los vinos bíblicos
crecía suavemente su tacto de cristal.
¡Estamos tan contentas de ser así!
Dijeron las peras frías y cinceladas.
Las manzanas oyeron las estrofas persas
cuando vieron llegar a las granadas.
Los que usamos ropa interior de seda...

dijo una soberbia guanábana.
Pareció de repente que los muebles crujían...
Pero ¡si es más el ruido que las nueces!
Dijeron los silenciosos chicozapotes
llenos de cosas de mujeres.
Salían
de sus *eses* redondas las naranjas.
Desde un cuchillo de obsidiana
reía el sol la escena de las frutas.
Y la ventana abierta hacía entrar la montaña
con los pequeños viajes de sus rutas.

(de *Hora y 20*)

SIMÓN BOLÍVAR

Por las playas de América
diez atlantes avanzan
sosteniendo en sus hombros un féretro.
De un lado se levantan los Andes;
del otro lado el mar moja el agua del cielo.

Reina la tarde tropical. La enorme
tela desos crepúsculos que el viento
borra y pinta y enrolla
para desenrollarla sobre el otro hemisferio.
En ninguna parte aquellos hombres
hallan noble reposo para el muerto.
Bajo un agua de sol
va el cadáver del Genio.
Y parecen llevar una montaña,
así van desacoplándose sus músculos por el esfuerzo.

Cuando se acercan a las orillas
turríferas de los puertos,
los hombres los escupen
y amenazan con el fuego.
Hace cien años,
atravesando el corazón desos pueblos,

pasó aquel hombre con las manos iluminadas,
los ojos crecidos y la voluntad inexpugnable como el misterio.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!

Tenía
un bien entonado nombre griego
y el apellido, en vieja lengua éuskara,
significa lugar de los molinos.
Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre
como jamás los hombres así vieron.
¡Canta, oh musa, la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del silencio!
Desde el mástil más alto
del buque sinfónico del recuerdo
—ya enfilado a la próxima estrella—,
pienso en el héroe de los altos sueños.
Su infancia fue un juguete doloroso;
su juventud —riqueza, amor y viajes—,
un fastuoso relato de cuento,
y la madurez el texto
en que fueron rendidos todos los sueños.

Enérgico y gentil. Así la flecha
que rompiera la rodela del tiempo.
Su elegancia suscita nombres hermosos;
su conversación era una copa de luceros.

Sabía domar potros y atravesar a nado los grandes ríos.
Sobre la catarata del Tequendama
halló su agilidad un fantástico juego.
Guerreó por la libertad humana
entre los volcanes ecuatoriales, delirante y gigantesco.
Generoso, como el Sol. Buen bailador.
Su cortesía,
un aire de magnolias sobre el camino de la selva.
Las mujeres cruzan por su vida
con dulces predomios sobre el más alto cielo.

Su pensamiento electrizó la atmósfera
de los días serenos
y sus meditaciones proféticas
desbordaron el vaso oscuro del tiempo.
Nunca los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo.
Su corazón era sensible
cual una agua de oros en las manos del ruego.
Sintió sobre sus labios
quebrarse las palabras del Universo.
Y tenía el alma trágica y clara
de las fuentes del desierto.
La Cruz del Sur iluminó su sombra
y todos los Andes le conocieron.
En los días aciagos,
hirió al destino con los huracanes de su genio.
Amó a su América como nadie la ha amado,
y semejante a Quetzalcóatl divino,
se quemó en la pira de un sublime fuego.
¡Jamás los hombres
vieron nada más grande bajo el cielo!
La traición y la envidia le desgarraron el alma
y pueblos que iluminó, le maldijeron.
Sus últimos días se cortaron en abismos
llenos de gritos altísimos dinamitados en el viento.
¡Ruinas de Sol, ruinas colosales,
ruinas de un alma divina entre la luz de un trueno!
Algo de Dios sea en mí para evocarte,
¿oh Príncipe de los más altos sueños!
Tus funerales siguen en marcha
entre el mar y los Andes, junto al agua y junto al cielo.
(La Aurora sale del mar
con un trágico gesto
y la Noche engrandece su severidad noble
en la solidez monumental de los cedros.)
Leguas libres camino
tras el grupo soberbio, y encuentro solamente
infamia y miseria, oprobio y traición y poderío sangriento.

Disminuidos por el odio
viven los hombres que aliaste con tu gloria y tus sueños.

¿Araste en el mar?
¿Sembraste en el viento?
Nadie amó tanto como tú, y así, nadie
se ha sublimado en un dolor más opulento.
Padre. Amigo. Maestro.

Reina la tarde tropical. Camina
sólidamente el cortejo.
Bajo la máscara de oro
se pudre el rostro del Genio.
Con la primera estrella
se agota el mar. En una nube
se funden tres colores que retoñan
por el oriente. Rueda
un aire de laurel. Ligan la sombra
los triángulos heridos de los Andes.
Todavía una ola
saló la arena y espumó la orilla.
Se dispersó el dibujo de las cosas
profundamente. De una enorme nube
brotó una estrella enorme. Negra y rota
la testa de un volcán varió perfiles
al paso de una nube. Y entre toda
aquella arquitectura desplomada,
sigue el cortejo atlante —relieve en vivas sombras—
por las playas de América, malditas y apagadas.

(de *Hora y 20*)

SEMANA HOLANDESA (Fragmentos)

A Octavio G. Barreda

VIERNES

En Holanda me lavo las manos
y digo a líderes y manifestantes
que no soy culpable. Pilatos.

Y bien, queridos colores, os saludo.
Y este paisaje en mangas de camisa
que no le importa a nadie más que a mí,
es sólo fe de vacas y pañuelos de brisa.

Los molinos piensan en la aviación
académicamente. Las bicicletas
tienen cabeza y corazón
en una sana y limpia ausencia de poetas.

Y es horizonte el arpa de la sensación.

SÁBADO

En Amsterdam
las grúas hablan alemán.
La sinfonía del puerto
llega con un andante de 100 000 toneladas.
Los trasatlánticos salen en *re*;
los remolcadores en *mi*.
Unos enanos pintan una proa enorme.
Desembarcan loros de Java
gritando en portugués.
Pasa una vaca poderosa
con aretes y corsé. Petróleo de México.
Fieras de Borneo. Tres millones de kilos
de café.
El aire es mundial.
Y mujeres —naturalezas— muertas.
Nos veremos a las 7 en Kalverstraat.
No puedo porque voy a la Sinagoga.
Es falso; la reina no abdicará.
“Simplicissimus.” “Il Sècolo d’Italia.”
“Izvestia.” “The Times.” “Sol y Sombra.” “Le Journal.”
¡Curazao, 1920! Nostalgias marino-comercial.
Y la divina poesía
circula paralela y tangencial
solfeando en una antigua geografía
el viejo caro y serio que sale de Amsterdam.

DOMINGO

La mesa es imponente
como un monumento a los héroes
de cualquier nacionalidad.
Reverencio al pescado,
brillante caballero medioeval.
Amo al cervatillo, tan fino
que ha muerto solamente de estar.
Sonríó a la naranja casi mondada.
Me entristece la torta acabada de violar.
Y frutas deslumbrantes dignas de corbatas
propias a un *garden-party* tropical.
Granadas delirantes. Manzanas vírgenes
—holandesas naturalmente—, y van
las miradas como rayos x,
penetrantes, inexorables, en paladeo augural
que hace brillar los labios y acidular los dientes
con un cierto apogeo magnífico y animal.
Y la divina poesía,
como en las bodas de Canaán,
hechiza el agua y el vino vibra
en una larga copa de cristal.

(de *Hora y 20*)

ODA DE JUNIO
ESTADIO NACIONAL

A Antonio Caso

*Y un pueblo a quien deleita la armadura,
y el corcel de batalla y la carrera,
también le da por cifra su ventura
en las coronas de oro, oliva y flores,
premio de los olímpicos sudores.*

PÍNDARO, Nemeas, oda I

Para soplar bocinas gigantescas
que anuncien a la raza en grito nuevo
solar del ritmo en que la gloria crezca.

Para sentir el pie solemne o ágil
y el brazo abierto y esculpido el torso
y el corazón más bello y menos frágil.

Para anudar el viento en la carrera,
alzar la sangre y desdoblar la pista,
la gloria izar, magnífica y primera.
Para poder, para cantar, para decir, para danzar.

Salta oh sangre en la elipse de los juegos
y arquéate alegórica y ligera
como agua victoriosa que echa su voz al fuego.

Vuela, oh sangre, en tu giro planetario
acrecentando en delirante gozo
las dinámicas gradas del estadio.

Sude el pueblo el sudor de las coronas
por el laurel que maduró en su gajo
la sangre de la tierra que lo abona.

La corpulenta agilidad alíe
vencedora belleza en el combate,
bronceado roble en que la luz sonríe.

En el arco angular de una carrera
velocidades de fugaces quiebres
el sol aclarará con luz entera.

Danzad, oh cuerpos, en la arista
del invisible ritmo de diamante
que la luz de la danza geometriza.

Danzad, que la figura entona
en las desnudas telas de la danza
el florido color de las coronas.

Rosas para teñir la frente nueva,
rosas para las manos que adelgazan
arpas al aire en que la luz se mueva.

Raza de guerras, pueblo de matanza,
aligérate de armas y amargura,
que la alegría es fe y el amor esperanza.

Cantad el himno de alegría,
de la inmensa alegría
que rodará en estrofas sobrehumanas
sobre las pautas de la gradería.

Venga la raza a cincelar su fuerza
“que en cuerpo hermoso reinará noble alma”;
que la pereza hipócrita se tuerza.

¡Y se abrirán los días como el alba
para todas las almas, y otra fuerza,
fuerza nueva y espíritu que ama,
encenderá sobre la frente nueva
la profética luz de videncia y de fuerza de las próximas almas!

(de *Hora y 20*)

ESTUDIO

Esta fuente no es más que el varillaje
de la sombrilla
que hizo andrajos el viento.
Estas flores no son más que un poco de agua
llena de confeti.
Estas palomas son pedazos de papel
en el que no escribí hace poco tiempo.
Esa nube es mi camisa
que se llevó el viento.
Esa ventana es un agujero
discreto o indiscreto.
¿El viento? Acaba de pasar un tren
con demasiados pasajeros...
Este cielo ya no le importa a nadie;
esa piedra es su equipaje. Lléveselo.
Nadie sabe donde estoy
ni por qué han llegado así
las asonancias y los versos.

(de *Hora y 20*)

ESTUDIO

Sobre las gotas del mar
danza el buque cargado de estrellas
y de nombres.
Todos los nombres sobran ya.

Tomad mi corazón dulce y creyente.
El ancla es honda, el ritmo es de dolor.
Echad las perlas, vago ruido del Oriente
heridas sobre el cuello del amor.

En la aflicción universal entronca
roble mi duelo que es palmera ya.
Afinado el dolor decid los nombres.
Todos los nombres sobran ya.

Pero callad aquel remoto y transparente,
¡oh trópico salvaje y maternal!
Callad el nombre que lavó la fuente
en que volcó sus cielos toda la tempestad.

(de *Hora y 20*)

PARÍS, CANCIÓN DE PRIMAVERA

A Montenegro

He de volver a ti, París divino

AMADO NERVO

¿Pues qué pues
con la primavera,
mi Señora,
pues qué pues?
¿Esto era,
o esto es?

Y en ágiles olvidos me desdoblo.
Y desprendo entre nombres y señales,
la rosa de papel que estrene el día
y las rodillas blancas que lo dancen.

Algo de Xochimilco
sobre las plazas tristes de París.
Y esta boda otoñal
—actriz o bailarina cuarentona—
que es la primavera de París,
pone en las manos palmas y coronas.
¿Pues qué pues?
con la primavera,
mi Señora,
pues qué pues,
esto era,
o esto es?

Y el automóvil va a la madrugada.
Media hora de sol pinta la aldea
sin gallos que es París.
30 minutos para vivir, y nada más.

El cóndor del Jardín de Plantas
asolea el recuerdo de sus alas.
Media hora para el público
tropical. Y nada más
Rue Bolívar, n'est pas?
Y allí nos encontramos
los hindúes, los javaneses, los mayas,
y conversamos de nuestros pájaros,
de nuestros árboles
y de las historias sagradas
y de las ciudades que se suicidan
y de las montañas
desde donde se ve el mundo.
Queda un minuto
para acabar de desnudarse
y huir.
Llueve.
Llueve inútilmente. Llueve.
La primavera,
nota el aumento de sus piernas
sobre el espejo negro de la calle.
Los animales del trópico
nos llenamos los bolsillos
de lámparas portátiles.
Llueve.
Y los días
resbalan en la cáscara de mango
del deseo enjoyado de otro clima
con piernas que abran rumbas y abran tangos,
entre los deberes honestos del radio
y de la bárbara melancolía.
Llueve. Llueve inútilmente.

¿Pues qué pues
con la primavera,
mi Señora,
pues qué pues,
esto era,
o esto es?

(de *Hora y 20*)

ESTUDIOS (fragmento)

III

Las horas se adelgazan;
de una salen diez.
Es el trópico,
prodigioso y funesto.
Nadie sabe qué hora es.

No hay tiempo para el tiempo.
La sed es labia cantadora
sobre ese oasis enorme,
deslumbrante y desierto.
Sueño. Desnudez. Aguas sensuales.
Las ceibas se estilizan. Nacen tres mil cedros.
Algo ocurre: que hay un árbol demasiado joven
para figurar en un paisaje
tan importante.
Tristeza.
Siempre grande, noble y nueva.
Los relojes se atrasan,
se perfecciona la pereza.
Las palmeras son primas de los sauces.
El caimán es un perro aplastado.
Las garzas inmovilizan el tiempo.
El sol madura entre los cuernos
del venado.
La serpiente
se suma veinte veces.
La tarde es un amanecer nuevo y más largo.
En una barca de caoba,
desnudo y negro,
baja por el río Quetzalcóatl.
Lleva su cuaderno de épocas.
Viene de Palenque.
Sus ojos verdes brillan; sus brazos son hermosos;
le sigue un astro, y se pierde.
Es el trópico.

La frente cae como un fruto
sobre la mano fina y estéril.
Y el alma vuela.
Y en una línea nueva de la garza,
renace el tiempo,
lento, fecundo, ocioso,
creado para soñar y ser perfecto.

(de *Hora y 20*)

ODA AL SOL DE PARÍS

Acércate, no te voy a hacer nada.
Te atemoriza mi voz de agua nueva y el ruido
de mis pies sobre las casas.
Mira el retrato de tus hermanos de América,
populares como los toreros y los pelotaris,
ágiles y jóvenes.
El "buen gusto" te arrumba neurálgico;
quítate esas nubes o lávalas.
¿De qué estás nostálgico
si nunca has visto nada?
Sal desos barrios folletinescos y alójate
en ese hotel para aviadores de la Torre Eiffel.
Hazte poner los dientes y retrátate
chez Henri Manuel.
Has dejado en ridículo a los vidrieros góticos;
nace otra vez y ensaya a brillar.
Por ti hay todavía negocios cloróticos
y personas que no saben llorar.
Dice la T.S.F.:
México: "El Sol fue apedreado ayer por unos muchachos
al salir de una escuela. Bluefields, Nicaragua, 88
marinos yanquis han muerto de insolación. Buenos Aires.
El Sol ha salido de las banderas argentinas
rumbo al Polo Sur."

Sol parisiense,
Sol bibliotecario y sacristán,

ve a jugar a la América
en los muros astronómicos de Uxmal.
Frótate entre los helechos de Palenque;
ruédate desde la pirámide solar
que los toltecas finos y civilizados
levantaron en Chi-Chén y Teotihuacán.
(Artistas y ordenadores de Tiempo
cincelan una piedra colosal.
Los ceramistas silenciosos desnudan sobre los vasos
la flor aérea recta de divinidad.
Y el rey aseado y magnífico
levanta auroras desde su jardín en espiral.)
Sol parisiense, mi corazón es calle triste
por el mundo rutinario;
los fonógrafos repiten lo que oyeron
y los héroes aún van a caballo.
Eres el párvulo del limbo:
tu hastío no pasa de tu globo y tu aro.
Es preferible que nunca sepas
lo que desde el principio está pasando.
La risa es buena como la fruta robada
y estoy contento porque ya lo sé todo.
Las respuestas van desnudas por las preguntas asesinadas,
el aire tiene cifras y el mar no es ancho ni hondo.
Sol parisiense, sol de chimenea,
sigue en tus ceros a la izquierda del uno,
juega con tus sombras húmedas mientras mis labios crean
las palabras iguales para salir del mundo.

(de *Hora y 20*)

POEMA ELEMENTAL
(fragmentos)

A Rafael Cabrera

EL AIRE

El aire es transparente
cual el silencio en una lectura prodigiosa.

Y funde la cera voluptuosa
del mediodía,
y es una rosa
de caminos estelares,
un fruto diáfano, una sombra divina
que acerca espíritus y mares,
pájaros y naranjas,
nube más piedras tórridas y palabras marinas.
El aire es translúcido
como el saludo de los amantes
en los grupos cordiales.
Alía en arcos invisibles
la palabra olvidada, las augustas señales
y las manos de la danza fúnebre
que antes saludaron a la primavera.
El aire me persuade de tu ausencia, ¡oh amor!
Aire, fino-aire, largo-aire-lira, aire-cera.

EL AGUA

Aguas horizontales
con hombres y peces y nubes.
Aguas azules y verdes,
espacio palpitante,
atmósfera del paraíso submarino
cuyas medusas arcangélicas
mudan ojos y manos en huertos coralinos.
Aguas reales del viaje fabuloso
manchadas como tigres por las guerras.
Aguas víctimas o insaciables en la sed de la tierra;
sorbo de sed, aguas vírgenes.
Una gota de agua
salvó la última espiga del sembrado
o hizo temblar el dorso de Susana
entre las barbas bíblicas del baño.
Agua del nadador que la divide
y la vuelve laurel o vida nueva.
En las tinajas familiares
el agua se hace negra
de silencio y frescor. Y el ritmo de los mares

vira el buque ladrón que halló en las islas fiestas.
Aguas verticales, horizontal, cerámica y primera.

EL FUEGO

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
aérea y enorme.
El espíritu reposa en el seno
del vasto paisaje astronómico.
Amarra el mar su puerto traficante de estrellas
y el aire es el pulmón lleno
sobre las máquinas minerales de la tierra.
Es la noche clarísima diálogo universal.
Pulsos de fiebre imponen la voz negra INFINITO
que se quema en los labios del eterno deseo sideral.
El cielo gira ágilmente
sobre el convoy de ceros de las cifras humanas
y hace estallar el horizonte de las hormigas
con un tiro de bólido
que aventura en el alma una sombra de augustas palabras.
Fuego a velocidades por los íntimos tactos,
fuego de sacras catástrofes,
fuego en el magno silencio empuñado de voces flamígeras,
aire quemado en los hornos de vidrio del mar.

Sobre la yema de los dedos
se sostiene la noche
aérea y enorme.

(de *Camino*)

ESTUDIO

Para J. M. González de Mendoza

1. Los pueblos azules de Siria
donde no hay más que miradas y sonrisas.

2. Donde me miraron
y miré.
Donde me acariciaron
y acaricié.
3. Las casas juegan a la buena suerte
y a la niña de quince años
inocente como la muerte.
4. Hay una sed de naranja
junto a la tarde todavía muy alta.
5. El agua de los cántaros
sabe a pájaros.
6. Unos ojos me sonríen
sobre un cuerpo prohibido.
7. Hay azules que se caen de morados.
8. El paisaje es a veces de bolsillo
con todo y horas.
9. El amarillo junto al azul no cuesta caro:
un charco de cielo y un ganso.
10. Estoy en Siria.
Lo sé por los ojos
que veo puestos a la brisa.
11. Y es un martes viajero y alegría
de dulce tiempo y de fastuosa fecha,
tan flexible y tan apto que podría
borrar mi sombra sin tirar la flecha.

(de *Camino*)

HORA DE JUNIO

A mi hermano

Hora de Junio:
espiga verde aún, fuerza de abril, ligera.
¡Ya de un golpe de remo y a la orilla
de alta mar!
El cuerpo hermoso quiere el infinito
y ya no la belleza. ¡La belleza
sin nombre, oh infinito!

(de Hora de junio)

ESQUEMAS PARA UNA ODA TROPICAL

A Jorge Cuesta

La oda tropical a cuatro voces
ha de llegar sentada en la mecida
que amarró la guirnalda de la orquídea.

Vendrá del Sur, del Este y del Oeste,
del Norte avión, del Centro que culmina
la pirámide trunca de mi vida.

Yo quiero arder mis pies en los braceros
de la angustia más sola,
para salir desnudo hacia el poema
con las sandalias de aire que otros poros
inocentes le den.

A la cintura tórrida del día
han de correr los jóvenes aceites
de las noches de luna del pantano.

La esbeltez de ese día
será la fuga de la danza de ella,
la voluntad medida en el instante
del reposo estatuario,

el agua de la sed
rota en el cántaro.

Entonces yo podría
tolerar la epidermis
de la vida espiral de la palmera,
valerme de su sombra que los aires mutilan,
ser fiel a su belleza
sin pedestal, erecta en ella misma,
sola, tan sola que todos los árboles
la miran noche y día.
Así mi voz al centro de las cuatro
voces fundamentales
tendría sobre sus hombros
el peso de las aves del paraíso.
La palabra oceanía
se podría bañar en buchets de oro
y en la espuma flotante que se quiebra,
oírse, espuma a espuma, gigantesca.

El deseo del viaje,
siempre deseo sería.
Del fruto verde a los frutos maduros
las distancias maduran en penumbras
que de pronto retoñan en tonos niños.

En la ciudad, entre fuerza automóviles
los hombres sudorosos beben agua en guanábanas.
Es la bola de semen de los trópicos
que huele a azul en carnes madrugadas
en el encanto lóbrego del bosque.
La tortuga terrestre
carga encima un gran trozo
que cayó cuando el sol se hacía lenguas.
Y así huele a guanábana
de los helechos a la ceiba.

Un triángulo divino
macera su quietud entre la selva
del Ganges. Las pasiones
crecen hasta pudrirse. Sube entonces

el tiempo de los lotos y la selva
tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa
hormiguea la voz de la aventura
espiritual. Y el Himalaya
tomó en sus brazos la quietud nacida
junto a las verdes máquinas del trópico.

Las brisas limoneras
ruedan en el remanso de los ríos.
Y la iguana nostálgica de siglos
en los perfiles largos de su tiempo
fue, es, y será.

Una tarde en Chichén yo estaba en medio
del agua subterránea que un instante
se vuelve cielo. En los muros del pozo
un jardín vertical cerraba el vuelo
de mis ojos. Silencio tras silencio
me anudaron la voz y en cada músculo
sentí mi desnudez hecha de espanto.
Una serpiente, apenas,
desató aquel encanto
y pasó por mi sangre una gran sombra
que ya en el horizonte fue un lucero.
¿Las manos del destino
encendieron la hoguera de mi cuerpo?

En los estanques del Brasil diez hojas
junto a otras diez hojas, junto a otras diez hojas,
de un metro de diámetro
florecen en un día, cada año,
una flor sola, blanca al entreabrirse,
que al paso que el gran sol del Amazonas
sube,
se tiñe lentamente de los rosas del rosa
a los rojos que horadan la sangre de la muerte;
y así naufraga cuando el sol acaba
y fecunda pudriéndose la otra primavera.

El trópico entrañable

sostiene en carne viva la belleza
de Dios. La tierra, el agua, el aire, el fuego,
al Sur, al Norte, al Este, y al Oeste
concentran las semillas esenciales
al cielo de sorpresas
la desnudez intacta de las horas
y el ruido de las vastas soledades.

La oda tropical a cuatro voces
podrá llegar, palabra por palabra,
a beber en mis labios,
a amarrarse en mis brazos,
a golpear en mi pecho,
a sentarse en mis piernas,
a darme la salud hasta matarme
y a esparcirme en sí misma,
a que yo sea a vuelta de palabras,
palmera y antílope,
ceiba y caimán, helecho y ave-lira,
tarántula y orquídea, zenzontle y anaconda.
Entonces seré un grito, un solo grito claro
que dirija en mi voz las propias voces
y alce de monte a monte
la voz del mar que arrastra las ciudades.
¡Oh trópico!
Y el grito de la noche que alerta el horizonte.

(de *Hora de junio*)

HORAS DE JUNIO

Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.

Por ti la misma sangre —tuya y mía—
corre el alma de nadie siempre abierta.
Por ti la angustia es sombra de la puerta
que no se abre de noche ni de día.

Sigo la infancia en tu prisión, y el juego
que alterna muertes y resurrecciones
de una imagen a otra vive ciego.

Claman el viento, el sol y el mar del viaje.
Yo devoro mis propios corazones
y juego con los ojos del paisaje.

Junio me dio la voz, la silenciosa
música de callar un sentimiento.
Junio se lleva ahora como el viento
la esperanza más dulce y espaciosa.

Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.

Al año de morir todos los días
los frutos de mi voz dijeron tanto
y tan calladamente, que unos días

vivieron a la sombra de aquel canto.
(Aquí la voz se quiebra y el espanto
de tanta soledad llena los días.)

Hoy hace un año, Junio, que nos viste,
desconocidos, juntos, un instante.
Llévame a ese momento de diamante
que tú en un año has vuelto perla triste.

Álzame hasta la nube que ya existe,
librame de las nubes, adelante.
Haz que la nube sea el buen instante
que hoy cumple un año, Junio, que me diste.

Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,

del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

(de *Hora de junio*)

HORAS DE JUNIO

Junio, jardín de junio, yo no quise
sino sólo una voz de su ternura,
besar el aire que en sus ojos dura
y soltar en mis labios lo que dice.

Aire, junio en los aires ya predice
las imágenes muertas en la oscura
piedad de las palabras que apresura
la sola poesía que no quise.

Agua, en tus lluvias llévame ceñido
al campo de sus ojos, al latido
del corazón que halle en otra sombra.

Róbame a los espacios que su acento
busque al azar, fuera de luz y sombra.
Yo cubriré mi sombra con el viento.

Junio que no cumpliste el prometido
fruto del sacrificio, tú caminas
y a las treinta jornadas vecinas
el ave prodigiosa del olvido.

Yo me quedo más solo que tu olvido
en la imagen creciente de tus ruinas.
¡Yo caminara lo que tú caminas!
¡Yo olvidara el olvido de tu olvido!

Por ti la angustia es llave de la puerta
que no se abrió de noche ni de día.
¡Agua de mis imágenes, tan muerta!

¡Noche de la implacable poesía!
Por ti la misma sangre, tuya y mía,
corre el alma de nadie siempre abierta.

(de *Hora de junio*)

POEMA PRÓDIGO

A Luis Cardoza y Aragón

Gracias, ¡oh trópico!,
porque a la orilla caudalosa
y al ojo constelado
me traes de nuevo el pie del viaje.
(¡Esquinas de países que anuncian el paisaje!)
En mi casa de las nubes
o bajo el cielo de los árboles,
rodeado de todas las cosas creadas
(oídas espirales del berbiquí mirada),
voy y vengo sin tocar objeto alguno
—poseedor de la puerta y de la llave—
y de la alegre rama del trino.
En la rápida pausa del antílope
se oyen las pausas lentas de la noche,
y en el desnudo torso y en los brazos que reman
tus fuerzas me saludan
brotantes
hacia otra parte siempre nueva.
Gracias,
porque en mis labios de treinta años
has puesto el gusto y el silencio
del fruto y de la flor.
Los grupos de palmeras
me sombrean la sed junto al desierto.
Y el invitado oasis
que brinda el vino siempre de los límites
tiene los labios gruesos de llamarme
y actos de bailarinas en reposo.
Voy en barca
entre arrecifes de granito.

Anclo y salto a una nube de alabastro.
El árbol de la goma
suscita el desbordar.
La hora oblicua se bisela a fondo.
Y yo surjo en el codo del camino
y canto en mí el principio de mi canto
y llego hasta mis labios
y soy mío.
Jocunda fe del trópico,
ojo dodecaedro,
¡justísimo sudor de no hacer nada!
Y el sabor de la vida de los siglos
y la orilla gentil y el pie del baño
y el poema.

(de *Hora de junio*)

ELEGÍA DÉLFICA

A Roberto Meza Fuentes

Apolo ha muerto.
Desnudad todas las cosas de la tierra y del mar.
Desnudad la nube hasta entonarla en lluvia,
y el aire de su impalpabilidad.

Los automóviles pasan melancólicos.
Y en la mecánica del tiempo
las poleas elegantizan los ángulos del taller
con una nueva elegancia por el dios desierto.

Apolo ha muerto.
Haced salir la Aurora a medianoche
seguida del divino Quetzalcóatl.
Abrid la tierra y echad las esmeraldas y las voces.

La velocidad camina paso a paso.
La orquesta del mundo ha olvidado sus partituras.
El pulso se adelanta.
Los príncipes ayunan, las llaves se herrumbran.

Apolo ha muerto.
Verted el vino sobre el mar inmóvil.
Cerrad el libro del otoño.
Partid con la noticia hacia la Dóride.

El bosque negro se adelgaza.
Brilla la Muerte en el horizonte.
Crecen, largamente, la pausas.
¡Apolo ha muerto! Cubrid las liras-hombres
con la Noche desnuda que al pie de la Aurora, danza.

(de *Hora de junio*)

EXÁGONOS (fragmentos)

XI

En el mar no hay invierno ni otoño
y las mujeres cumplen siempre cuarenta años.
Los poetas fracasan un poco
y Ulises no fue más que un pobre diablo.
Futuros recuerdos. Languidez. Nocturnos.
En una nube viene la Virgen con dos santos.

XV

Patria, oh América Latina,
mi corazón está lleno de angustia.
La noche es honda y la aurora aún no trina.
(La selva avanza, cruje, estruja.)
Tiembla una voz para anunciarte la vida...
Mi corazón está lleno de angustia.

(de *Exágonos*)

RECINTO
(fragmentos)

III

Yo acaricio el paisaje,
oh adorada persona
que oíste mis poemas y que ahora
tu cabeza reclinan en mi brazo.

Hornea el mediodía sus calores,
labrados panes para el ojo
que comulga con ruedas de molino.

10, 15, 20, 30, las parcelas
opinan sobre el verde, sin agriarse;
y los poblados, vida y ropa limpia
sacan al sol. Caminos campesinos
suben sin rumbo fijo, a holgar, al cerro.

Los árboles conversan junto al río,
de nidos en proyecto, de otros en abandono,
de la nube servida como helado
en el remanso próximo,
del equipaje de las piedras
que acaso nadie ha dejado en la orilla,
de la avispa hipodérmica,
del aguacero y la joven vereda,
de las ranas deletreadas en su propia escuela,
del verso como prosa
y del viento de anoche que barrió las estrellas.
El río escucha siempre caminando.
El río que se conduce a sí mismo, cómo y cuándo...

Detrás de un cerro grande
va estallando una nube lentamente.
Su sorpresa
es como nuestra dicha: ¡tan primera!
Lo inaugural que en nuestro amor es clave
de toda plenitud.

El aire tiembla a nuestros pies. Yo tengo
tu cabeza en mi pecho. Toda cuaja
la transparencia enorme de un silencio
panorámico, terso,
apoyado en el pálido delirio
de besar tus mejillas en silencio.

VIII

Tú eres más que mis ojos porque ves
lo que en mis ojos llevo de tu vida.
Y así camino ciego de mí mismo
iluminado por mis ojos que arden
con el fuego de ti.

Tú eres más que mi oído porque escuchas
lo que en mi oído llevo de tu voz.
Y así camino sordo de mí mismo
lleno de las ternuras de tu acento.
¡La sola voz de ti!

Tú eres más que mi olfato porque hueles
lo que mi olfato lleva de tu olor.
Y así voy ignorando el propio aroma,
emanando tus ámbitos perfumes,
pronto huerto de ti.

Tu eres más que mi lengua porque gustas
lo que en mi lengua llevo de ti sólo,
y así voy insensible a mis sabores
saboreando el deleite de los tuyos,
sólo sabor de ti.

Tú eres más que mi tacto porque en mí
tu caricia acaricias y desbordas.
Y así toco en mi cuerpo la delicia
de tus manos quemadas por las mías.

Yo solamente soy el vivo espejo
de tus sentidos. La fidelidad
del lago en la garganta del volcán.

(de *Recinto*)

ROMANCE DE TILANTONGO
(fragmento)

A Efraín Huerta

I

Cielos de luna y de sol
en rueda de seis semanas
templos serán del camino
desde México a Oaxaca.
Yo que de Tabasco vengo
con nudos de sangre maya,
donde el cacao molido
dio nuevo sentido al agua;
y se ve crecer la yerba
y de lo inmóvil la garza
vive su esbeltez, su ritmo,
sus invisibles batallas.
Yo que de Tabasco vengo
con ríos en la garganta,
no al collar luceros caen
crecidos de una mirada,
ni lunas vistas con ámbar
ni lunas vistas con nada,
es sólo el sol que desguinda
las gigantescas guirnaldas
que entre pájaros y víboras
arriesgan flores y danzas.
Yo que de Tabasco vengo
con dioses a las espaldas,
Quetzalcóatl, Quetzalcóatl
el de la profunda barba,
el de las mejillas verdes
y piernas sacrificadas

con espigones de maguey
y sangre como palabras.
Yo que de Tabasco vengo
a mirar altas montañas,
a respirar entre espejos
de atmósfera por las altas
terrazas de altiplanicies
donde se vuela sin alas
y de la traición del tiempo
son cómplices las distancias;
donde números pirámides
en cuerpo y piedra levantan
secretas sabidurías
que maduran en palabras
donde callar es saber
y saber será callarlas,
con pies de luz en la noche
hice camino a Oaxaca.
Seis semanas, luna y media,
lleváronme a otras montañas.

(de *Otras imágenes*)

LAS CANCIONES DE PEÑÍSCOLA (fragmento)

II

¿A dónde vas Peñíscola
con tan gruesa mar?
—a la playa, con las nubes,
a jugar.
—¿Ahí nomás?
Ahí nomás.

Y el mar sacaba la espuma
de donde no la había.
Y la espuma las espumas
y espumas la poesía.
¡Ay, poesía,
que te vienes a bañar
sin saber lo que es el mar!

Fuéramos pechos de arena
donde se ahonda la sal
y un caracol de cristal
saluda a la luna llena
que ya con dicha o con pena
pisa igual el litoral,
húmeda sombra de arena.

Fuéramos pechos de espuma
—espiral y tornasol—
que árabes a lo español
sangre al sol la sangre suma
y lo que parece espuma
es sólo brisa con sol.
¿Fuéramos pechos de espuma!

Cuídate Peñíscola,
ten tu corazón,
todas tus dos manos
le guarden la voz.

Cuídate del agua
que al cinto te da,
que de la profunda
más fácil saldrás.

Cuídate del viento
que sabe decir
las canciones ondas
teñidas de añil.

Vuélvete a tus peñas,
hora es de rumiar
la espuma comida,
la copa de sal.

Entre el mar y tú
suspendí mi voz,
que tú sólo sabes
por quién muero yo.

Y entre mareas sombrías
el cántico empapelé.
Rumor pueril de otro pie
en el agua parecía.

¡Ay, poesía!
Tan lejos, tan cerca estás,
que con la cruz de lo más
te señalo en este día.

(de *Otras Imágenes*)

HORAS DE JUNIO (fragmento)

I

Hora de junio a tiempo fruta viva
dio y a tu mano va de sangre llena.
Cuélgala en tu retoño limpio, llena
tu mano con su fuerza ya cautiva.

Busco y te hallo, profunda y efusiva
gracia viril que nube tan terrena
razó el área jardín tu voz morena
y llueve rubio tras la luz festiva.

Te digo en estas voces la callada
ventura de sentirme en tu mirada
robando luces y ocultando cielos.

Mi corazón devora tiempos de oro;
pájaros pican lípidos ciruelos
y en ti la hora pierdo y atesoro.

(de *Otras Imágenes*)

A LA POESIA
(fragmento)

Bebí mi sed en tus manos.
En el desierto insaciable
la tea de tres mil años
se echó al seno del oasis.

Y así la sed —reja y ala—
que en tus manos envenenaste,
gota a gota abrió la sala
de la gruta que cerraste.

Al ritmo del corazón,
subterránea y gigantesca
la soledad de tu amor
se hizo a gotas, piedra a piedra

Bebí en tus manos la sed.
¡Insaciable era el desierto!
¡Sólo la distancia es fiel
al horizonte secreto!

A la orilla de la noche
el viento de la esperanza,
al corazón seducía
con su engañosa balanza.

Pesaba el diamante falso
del día que no vendrá.
Pesaba la luna llena
de la hora de esperar.

(de *Otras Imágenes*)

EL VIAJE

Y moví mis enérgicas piernas de caminante
y al monte azul tendí.
Cargué la noche entera en mi dorso de Atlante.
Cantaron los luceros para mí.

Amaneció en el río y lo crucé desnudo
y chorreando la aurora en todo el monte hendi.
Y era el sabor sombrío que da al cacao crudo
cuando al mascar lo muelen los dientes del tapir.

Pidió la luz un hueco para saldar su cuenta
(yo llevaba un puñado de amanecer en mí).
Apretaron los cedros su distancia, y violenta
reunió la sombra el rayo de luz que yo partí.

Sobre las hojas muertas de cien siglos, acampo.
Vengo de la montaña y el azul retoño.
Arqueo en claro círculo la horizontal del campo.
Sube, sobre mis piernas, todo el cuerpo que alcé.
Rodea el valle. Hablo,
y alrededor, la vida, sabe lo que yo sé.

4 de noviembre de 1946

(de *Subordinaciones*)

CEDRO Y CAOBA (fragmento)

A Ramón Galguera Noverola

Cedro y caoba,
la tarde baja
de garza en garza
y ahonda al río,
ligeramente,
lo que se canta.

Cedro y caoba
viven pareja del paraíso
cuya manzana mi sangre moja.

Al pie del cedro,
húmedo aroma.
Por su paloma
torcaz y cielo, subió una rama
sonoramente dodecaedro.

Franjas tardías
queman el cielo de una caoba.
Aire jilguero, y entre sus brazos,
la tarde toma.

¡Ay tarde sola
que te desgajas
cedro y caoba!

Sin que se quiera,
vuela una garza,
con tal belleza,
que tal asemeja que así volara
por vez primera.

Restira el cielo
mantas azules
para la garza que sigue el vuelo.

Tanta su tiempo la tarde extiende,
que en dos azules
uno despide y el otro vuelve.

Azul en sombra
lucero tiene.

Azul en luces
sus luces vence.

(de *Subordinaciones*)

NOCTURNO DEL MAR AMOR (fragmento)

Volver a decir: ¡el mar!
Volver a decir
lo que no puedo cantar
sin el corazón partir.

Lo que con sólo pensar
la dulce lengua salé
y al callar
cárcel de espumas sellé.

Noche de naves ancló
y en mi corazón caí.
Lo que desapareció,
ya esta aquí.

Vive un reflejo verde
que enrollaba el agua oscura.
Yo sé que el amor se pierde
junto a la noche más pura.

¡Ay de mi vida!
Puesta a lo largo del mar
sólo le queda mirar
un paisaje con herida.

Media noche fue en el cielo
que una nube fue a traer.
Pérdida de todo vuelo,
tiempo sangrado al correr.

En sombrías sonajeras
el agua su aire mojó
y oleajes desenrolló
ronca de angustias postreras.

Toda la noche a los cielos
mi corazón fui a llevar
por destruir un estelar

horario de desconsuelos.
Entre los dos viva muerte
secamente retoñó
y la luna la enyesó
con calmas de mala suerte.

¡Voces inútiles siempre!
Cuanto en el alma tajé
pudrió la noche septiembre
como quien rompe un quinqué.

Tu perfil en el espacio
pájaros sonidos daba
y el dolor de lo que acaba
puso el mar en tiempo lacio.

Toda la noche la cita
fue muriendo de amargura.
Llorar era una llanura
desde una tarde infinita.

Casi un año, y el puñal
intocable y solitario
gotea el aniversario
con silencioso caudal.

Bella columna sonora,
tu caída partió en dos
la gloria de un semidiós
retocada por la aurora.

Volver a decir: ¡el mar!
Volver a decir
lo que no puedo cantar
sin el corazón partir.

(de *Subordinaciones*)

ODA NOCTURNA A JUSTO SIERRA
(fragmento)

Entre la noche del Valle de México
—un espejo en el aire abandonado—,
se escucha el mar.
Despojada del tiempo, desde un árbol barítono,
hay una voz de gran hablar.
Vino del agua pléyade hasta la tierra altura;
coral y estrellas, llegó del mar.
En el mar de Kimpech, mi adolescencia, un día,
supo flotar y atardecer.
Y la luz que escamó tantas aguas vivientes
era una luz morena de mujer.
Esas tierras marítimas
me dieron de comer y de beber.
La hermosa noche,
tiene un hondo barítono en el aire.
Desde la voz clarea
la brisa transparente de aquel mar
y en la mirada honda de una remota frente
sigo escuchando el mar.

En esta hermosa noche de montañas
siento una voz rotunda gravitar.
Despojada del tiempo esa voz incorpora
—así las perlas de un alto collar—
el ansia más esférica que al cielo da la aurora,
en una flor para vivir y en un arder para cantar.
Tan honda voz
vino del mar.

En esta noche montañosa ahondo
el suelo de la Patria revivido
desde esa voz cuyas semillas pueblan
las generosas manos con que empieza el estío.

Y me pongo a escuchar
aquella voz bronceada a fuego
que llegó del mar.

(de *Subordinaciones*)

SONETO

Junio, voz de la luz, mitad sonora,
negra entraña terrestre en surco abierta,
eres la desnudez sangrante y cierta,
palomar de mi voz descubridora.

Súmala a tu perfil, hora por hora,
vívela en tu pasión de nube abierta,
cántala en árbol de fragancia injerta,
róbala el día que la noche ignora.

Si en mi brazo alisté la fuerza alegre
de torcer una rama por ver cielo,
tírame el dardo que tu azar integre.

Abro todo mi pecho a tu diamante
y a ti me lanzo devorando el vuelo
de tu anchura perdido en un instante.

(de *Subordinaciones*)

NOCTURNO A MI MADRE

Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.
Entré en mi alcoba y abrí la ventana.
La noche se movió profundamente llena de soledad.
El cielo cae sobre el jardín oscuro.
Y el viento busca entre los árboles
la estrella escondida de la oscuridad.
Huele la noche a ventanas abiertas,
y todo cerca de mí tiene ganas de hablar.
Nunca he estado más cerca de mí que esta noche:
Las islas de mis ausencias me han sacado del fondo del mar.
Hace un momento,
mi madre y yo dejamos de rezar.
Rezar con mi madre ha sido siempre
mi más perfecta felicidad.

Cuando ella dice la oración Magnífica,
verdaderamente glorifica mi alma al Señor y mi espíritu
[se llena de gozo para siempre jamás.

Mi madre se llama Deifilia,
que quiere decir hija de Dios, flor de toda verdad.
Estoy pensando en ella con tal fuerza
que siento el oleaje de su sangre en mi sangre
y en mis ojos su luminosidad.
Mi madre es alegre y adora el campo y la lluvia,
y el complicado orden de la ciudad.
Tiene el cabello blanco, y la gracia con que camina
dice de su salud y de su agilidad.

Pero nada, nada es para mí tan hermoso
como acompañarla a rezar.
Todos los días, al responderle las letanías de la Virgen
—Torre de Marfil, Estrella Matinal—,
siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.
Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.
Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.
Doña Deifilia Cámara de Pellicer
es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.
Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.
El silencio es tan claro que parece retoñar.
Es un gajo de sombra a cielo abierto,
es una ventana acabada de cerrar.
Bajo la noche la vida crece invisiblemente.
Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y fosforece
y sube en el día entre los arrecifes de coral.
Corazón entre náufrago y pirata
que se salva y devuelve lo robado a su lugar.
La noche ahonda su ondulación serena

como la mano que en el agua va la esperanza a colocar.
Hermosa noche. Hermosa noche
en que dichosamente he olvidado callar.
Sobre la superficie de la noche
rayé con el diamante de mi voz inicial.

Mi voz se queda sola entre la noche
ahora que mi madre ha apagado su alcoba.
Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora.

Mi voz se queda sola entre la noche
para decirte, oh madre, sin decirlo,
cómo mi corazón disminuirá su toque
cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
para escucharme lleno de alegría,
callar por que ella no despierte,
vivir sólo para ella y para ella,
detenerme en la puerta de su alcoba
sintiendo cómo salen de su sueño
las tristezas ocultas,
lo que imagino que por mí entristece
su corazón y el sueño de su sueño.

El ángel alto de la media noche,
llega.
Va repartiendo párpado caídos
y cerrando ventanas
y reuniendo las cosas más lejanas,
y olvidando el olvido.
Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
del olvidado sueño.
Disponiendo el encanto
del tiempo enriquecido sin el tiempo;
el tiempo sin el tiempo que es el sueño,
la lenta espuma esfera
del vasto color sueño;
La cantidad del canto adormecido
en un eco.

El ángel de la noche también sueña.
¡Sólo yo, madre mía, no duermo sin tu sueño!

(de *Subordinaciones*)

TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR DE MORELOS
(fragmento)

A José Clemente Orozco

1o

Imaginad:
una espada
en medio de un jardín.

Eso es Morelos

Imaginad:
una pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad:
una llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,

esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.
Ésta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón!
y provocar una grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...
Éstas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de Tepoztlán
¡Olor a Cuautla! Y entre las palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo; grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde al azul.
Y Unas botas sin ruido lo estremecieron todo
y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.
Y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro della enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterias fue mi sangre a parar.
Bajar del mote, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.

Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tú fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magníficat.
Gritar Morelos
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

(de *Subordinaciones*)

EL CANTO DEL USUMACINTA

Al Doctor Atl

De aquel hondo tumulto de rocas primitivas,
abriéndose paso entre sombras incendiadas,
arrancándose harapos de los gritos de nadie,
huyendo de los altos desórdenes de abajo,
con el cuchillo de la luz entre los dientes,
y así sonriente y límpida,
brotó el agua.

Y era la desnudez corriendo sola
surgida de su clara multitud,
que aflojó las amarras de sus piernas brillantes
y en el primer remanso puso la cara azul.

El agua, con el agua a la cintura,
dejaba a sus adioses nuevas piedras de olvido,
y era como el rumor de una escultura
que tapó con las manos sus aéreos oídos.

Agua de las primeras aguas, tan remota,
que al recordarla tiemblan los helechos
cuando la mano de la orilla frota
la soledad de los antiguos trechos.

Y el agua crece y habla y participa.
Sácala del torrente animador,
tiempo que la tormenta fertiliza;
el agua pide espacio agricultor.

Pudrió el tiempo los años que en las selvas pululan.
Yo era un gran árbol tropical.
En mi cabeza tuve pájaros;
sobre mis piernas un jaguar.

Junto a mí tramaba la noche
el complot de la soledad.
Por mi estatura derrumbaba el cielo
la casa grande de la tempestad.
En mí se han amado las fuerzas de origen:
el fuego y el aire, la tierra y el mar.

Y éste es el canto del Usumacinta
que viene de muy allá
y al que acompañan, desde hace siglos, dando la vida,
el Lakantún y el Lakanjá.
¡Ay, las hermosas palabras,
que si se van,
que no se irán!

¿En dónde está mi corazón
atravesado por una flecha?
La garza blanca vuela, como una flecha
sobre un campo de concentración.

Porque el árbol de la vida,
sangra.
Y la noche herida,
sangra.
Y el camino de la partida,
sangra.

Y el águila de la caída,
sangra.
Y la ventaja del amanecer, cedida,
sangra.
¿De quién es este cuello ahorcado?
Oíd la gritería a media noche.
Todo lo que en mí ya solamente palpo
es la sombra que me esconde.

Empieza a llover
en el tablado de la tempestad
y la anchura del agua abandonada
disminuye la nave de su seguridad.

Es la gran noche errónea. Nada y nadie la ocupan.
Tropiezan los relámpagos los escombros del cielo.
La gran boca del viento se estranguló en la ceiba
que defiende energúmena, su cantidad de tiempo.

Se canta el canto del Usumacinta,
que viene de tan allá,
y al que acompañan, dando la vida,
el Lakantún y el Lakanjá.

En una jornada de millones de años
partió el gran río la serranía en dos.
Y en remolinos de sombrío júbilo
creó el festival de su frutal furor.

Los manteles de su mesa son más anchos que el horizonte.
Pedid, y no acabaréis.
En el cielo de toda su noche,
una alegría planetaria nos hace languidecer.

Ésta es la parte del mundo
en que el piso se sigue construyendo.
Los que allí nacimos tenemos una idea propia
de lo que es el alma y de lo que es el cuerpo.

Se me vuelven tiendas de campo los pulmones,
cuando pienso en este río tropical,

y así en mi sangre se pudre la vida
de tanto ser energía
en soledad antigua o en presente caudal.

Cuando me llega el ruido de hachazos
de la palabra Izankanak,
me abunda el alma hasta salirme a los ojos
y oigo el plumaje golpe de un águila herida por el huracán.

Un mundo vegetal que trabaja cien horas diarias,
me ha visto pasar en pos de la noche y del alba.

Reconoció en mis ojos el poderoso espejo;
reconoció en mi boca fidelidad madura.
Vio en mis manos la caña que aflautó el aire húmedo
y le mostré mi pecho en que se oye la lluvia.

Mirando el río de aquellos días que el sol engríe,
al verde fuego de las orillas robé volumen
y entre las luces de lo que ríe, lo que sonríe,
es un jacinto que boga al sueño de otro perfume.

El pájaro turquesa
se engarzó en la penumbra de un retoño
y entre verdes azules canta y brilla
mientras la hembra gris calla de gozo.

Mirando el río de aquellas tardes
junté las manos para beberlo.
Por mi garganta pasaba un ave,
pasaba el cielo.

Mirando el río
di poca sombra:
todo era mío.

Todas pintadas, jamás extintas,
son estas aguas, río de monos, Usumacinta.
En tu grandeza
con esplendores reconfortaste savia y tristeza.

Te descubrí,
y en ese instante
tras un diamante
solté un rubí:
de asombro existo,
preclara cosa;
sangre dichosa
de haberte visto.

Robé a tu geografía
su riqueza continua de solemne alegría.
El que tumbe así el árbol de que estoy hecho
va a encontrar tus rumores entre mi pecho.
Y es un cantar a cántaros,
y es la nube de pájaros
y es tu lodo botánico.

En las sombras históricas de tu destino
cien ciudades murieron en tu camino.
Atadas de pies y manos
están esas ciudades.
Entre una jauría de árboles desmanes
se moduló la sílaba final de esas edades.

Los hombres de un tiempo del río
la frente se hacían en talud;
y el resplandor terrestre de sus avíos
les dio una honda gracia de juventud.
Sonreían con las manos
como alguien que ha podido tocar la luz.

¡Ay, las hermosas palabras,
que si se irán,
que no se irán!
Lo que acontece ya en mi memoria cunde en mis labios,
con Uaxaktún,
con Yaxchilán.

Después fueron los paisajes sumergidos
y el sagrado maíz se pudrió.
Y en las ciudades desalojadas,

el reinado de las orquídeas se inició.
Así, cuando llueve socavando sobre el Usumacinta,
aun en la corteza de los viejos árboles
se encoge el terror.
El hombre abandonado que ahora lo puebla
fulgurará otra vez poderoso entre la muerte y el amor.

Eres el agua grande de mi tierra.
La tormenta dinámica del ocio tropical.
El hombre en ti es ahora la piedra que habla
entre el reino animal y el reino vegetal.
Por el hueco de un árbol podrido
pasa el verde silencio del quetzal.
Es una rama póstuma.
Es la inocencia deslumbrante que nada tiene que declarar.

La sapientísima serpiente,
lo llevó un día sobre su frente cenital.

¿En dónde está mi corazón
partido en dos por una flecha?
La garza blanca vuela, vuela como una flecha
sobre un campo de concentración.

¡Ay, las hermosas palabras,
que si se van...,
que no se irán
de este canto del Usumacinta,
que brotó de tan acá,
y al que acompañan, dando la vida, desde hace siglos,
el Lakantún y el Lakanjá.

Porque de el fondo del río
he sacado mi mano y la he puesto a cantar.

9 de mayo de 1947

(de *Subordinaciones*)

NOCTURNO (fragmentos)

III

Entre la selva enorme de la hierba
la hormiga y una gota de rocío
—todo el cielo y la tierra— mudo espío
y alguien inmóvil y voraz me observa.

¿Adónde va la hormiga? ¿Qué reserva
a esa gota de cielo? ¿A qué albedrío
pertenecen mis ojos? ¿Soy ya mío?
El tiempo entre los ángeles me observa.

Nada y Eternidad. Un haz de viento
desordenó la hierba. Aquella hormiga
perdió el campo y el mínimo aposento

celestial, escurrió su clara miga.
Surgió el alma y el cielo corpulento
la levantó, profundo, de una espiga.

X

Señor, tenme piedad, bajo el escombro
desta noche de púas y venenos.
Relampaguea, mírame en qué cienos
pudro la voz con que al azul te nombro.

Haz que vaya otra vez hombro con hombro
con la alegre verdad que hiciste llenos
mis ojos peces de amargados senos
que miran sin belleza y sin asombro.

Una callada tempestad asoma
y se lleva la sombra. Una paloma
vuela sobre las brújulas destruidas.

Se ve el retoño entre mi pecho fuerte,
y un ángel con las alas compungidas
se interpuso entre mí y aquella muerte.

(de *Sonetos lamentables*)

MATER DOLOROSA (fragmentos)

I

En un trueno se hundió la empobrecida
grandeza de los cielos. El tumulto
babea el pus en su semblante estulto,
sangra en su hocico la sangre podrida.

Cunde la muerte repleta de vida.
Hiede el odio cadáver insepulto.
Del Gólgota el altar, tremendo culto,
cruje bajo la cruz enriquecida.

Al pie del Árbol del Eterno Fruto
que sombra excelsa da, vivo Atributo
de su eterno esplendor, está María.

Su corazón de lágrimas jardines
arrancan invisibles querubines
que hunden entre relámpagos el día.

II

Calla, silencio y tú, muerte divina;
hiélate sangre que en la sombra acudes;
al viento de la tierra que sacudes
su voz de hierro el horizonte mina.

Una montaña que cayera en ruina,
junio que destruyera sus laúdes;
puñales sobre todas las virtudes,
nadie en la tierra y en los cielos ruina.

Todas las soledades no surgidas
llegaron en sus piedras escondidas.
Un harapo de luz cuelga del cielo.

Se desplomó el silencio en la hondonada,
y en ángeles bronceados apoyada
la Virgen pisa el deshollado suelo.

(de Sonetos para el altar de la Virgen)

SONETOS DOLOROSOS (fragmento)

¿DÓNDE estarás, creatura de delicia,
la que en dos primaveras repetiste
flamígera y frutal tu gloria triste
entre la oculta luz de la caricia?

¿Dónde el alud de fuego que desquicia
y ruge silencioso y se reviste
la más hambrienta desnudez que existe?
Ave del abismo, sombra alimenticia.

Yo acariciaba las estatuas rotas...
Quise encender el fuego en una dellas
y bufó el huracán de las derrotas.

Cubrí la estatua con mi cuerpo fuerte
y desaparecí, lleno de estrellas
que arañaron el cielo de la muerte.

Y TE busco y en todo te deseo.
Y soy como la música lejana,
que tornasola de inquietud la humana
desnudez del ardiente mausoleo.

Lo que mi mano modeló tacteo
más allá del suspiro y la liviana
redondez temporal de tan humana
jardinería que hoy amarilleo.

¡Con cuánta libertad al fuego dimos
las arboledas que reconocimos
como sombras frutales! La evasiva

misteriosa del tiempo nos atrae
y es la manzana que a la tierra cae,
madura y de gusanos sucesiva.

(de *Sonetos para el altar de la Virgen*)

SONETOS POSTREROS (fragmento)

Esta barca sin remos es la mía.
Al viento, al viento, al viento solamente
le ha entregado su rumbo, su indolente
desolación de estéril lejanía.

Todo ha perdido ya su jerarquía.
Estoy lleno de nada y bajo el puente
tan sólo el lodazal, la malviviente
ruina del agua y de su platería.

Todos se van o vienen. Yo me quedo
a lo que dé el perder valor y miedo.
¡Al viento, al viento, a lo que el viento quiera!

Un mar sin honra y sin piratería,
excelsitudes de un azul cualquiera
y esta barca sin remos que es la mía.

Villahermosa, mayo de 1952

(de *Sonetos para el altar de la Virgen*)

A JUÁREZ
(fragmentos)

I

Toda a fuego la Patria te siguió como en onda
de lava, lentamente, como quien va a triunfar.
Un nopal de paciencia por tu vida responda
y detrás de unos robles se escuche siempre el mar.

México entró en el ámbito de tu ambición redonda.
Bajo del cielo indígena tu destino fue andar.
La historia a cada sol vio cómo se desfonda
todo el pantano infame que te quiso atajar.

Unas cuantas palabras para siempre dijeron
los que, como palomas, de tu pecho salieron
a volar en un cielo de blancura viril.

II

Y esas palabras, como enormes diamantes,
son también la desnuda verdad de los amantes
que ante un estricto cielo se miran de perfil.

Sobria de barro indígena la verdad de tu vida
tuvo niñez de espigas y maduró en maíz.
Ganaste tu destino por la oveja perdida
y le diste a los árboles una nueva raíz.

Yo miro junto a un lago tu pobreza zurcida
y la mano del día que te dio su barniz.
La justicia en tus labios sus torres consolida
y tu solemnidad tiene un aire feliz.

Eres el Presidente vitalicio, a pesar
de tanta noche lúgubre. La República es mar
navegable y sereno si el tiempo te consulta.

Y si una flor silvestre puedo dejarte ahora
es porque el pueblo siente que en su esperanza adulta
tu fe le dará cantos para esperar la aurora.

(de *Cuerdas, percusión y alientos*)

MEMORIAS DE LA CASA DEL VIENTO (fragmento)

1. ESCALERA AL MAR

A Lola Olmedo

En la casa del viento,
hay una escalera que conduce al mar.

Abajo, entre sus chácharas de espuma,
el mar acude a sí mismo para no naufragar.
Y entre pérdidas y ganancias
redondea su acontecimiento
de no llevarse lo que olvidará.
El despilfarro con que se mueve
nos turbiniza en tal forma que comenzamos a trabajar.
Y la máquina del deseo cruza sus fábricas mejores,
un poco tzentzontle y un poco jaguar.

En la Casa del Viento,
hay una escalera que conduce al mar.

Ayer que fui a bañarme en una fuente
que se deslíe inútilmente cerca de la mitad,
hallé los peldaños cubiertos de hojas
como si el otoño le llevara al viento
la máquina rota de su soledad.
Mientras yo me bañaba,
el mar la dio por decir a gritos que yo no tenía allí nada que buscar,
como si mi encuentro con el día desnudo
fuera el último robo de mi tacto sensual.

A mí qué me importa la espuma dilapidada,
ni el rostro de la roca,
ni el aprendizaje de catarata de cada ola del mar;
ni la publicidad de tanto ruido
para invitarlo a uno a meditar.
Hay una cítara escondida
que me llama en la oscuridad,
que sabe la historia de todos los peces muertos
de la boca del viento que baja
por la escalera que conduce al mar.
Y ella es el testimonio de que hay alguien
escondido en la roca de la que tan entrañablemente
hace su aparición el manantial.

En esta Casa del Viento
los ojos son más grandes que los oídos,
que bajan por la escalera que conduce al mar,
y sin decir palabra nos están diciendo
que aquí vivió una vez la mano*
que entre el agua y la tierra y el aire y el fuego,
se puso a pintar.

* Diego Rivera

(de *Cuerdas, percusión y aliento*)

DISCURSO A CANANEA (fragmento)

No he de hablar de la sangre
ni de su prodigioso contenido;
ni del puño cerrado que gobierna
del lado izquierdo el regadío exacto
para que todo el cuerpo se alimente
sin que órganos o músculos carezcan
de cuanto equilibrando necesitan.

No he de hablar de la sangre,
viajera silenciosa,

él invisible y entubado pez,
vivo millón de gotas líquidamente agosto,
disciplinado al ritmo aparatoso
de un pequeño universo,
origen de razón y poesía.

La sangre,
la de los vasos siempre generosos,
la energía circulante a cada instante,
la que hereda zafiros, lodazales,
crepúsculos llorados en recuerdo
de amanecido truenos militares.

No he de hablar de la sangre,
la aurora injustamente derramada
como el vino que espera al invitado
que va a llegar, pero que no ha llegado
porque un tzentzontle ha muerto en su ventana
cuando él iba a salir...

No he de hablar de la sangre
con que el niño al nacer mancha
su acto de nacimiento.

La sangre oculta en la mirada
del hombre socavón que circula en la mina,
la sangre que suda todos sus minerales.

La sangre oculta en la mirada
del hombre derrotado
en el salón de vidrio de la "justicia" humana.

La sangre oculta en la mirada
del minero dilapidado como riqueza anónima,
razonado por la avaricia,
glóbulo empobrecido
en la arterioesclerosis de la mina.

La sangre oculta en la mirada
del que después de la protesta inútil
—los niños, la mujer, la calandria y el perro—

regresa al tiro envuelto en sombras miserables,
en trombas minerales,
en laringes de gases
y entre gallos de amanecer
así arrastrados como perros muertos
al rico basurero de la mina.
Dentro del gran oído de la mina
se escucha el ritmo de los hombres
que necesitan ocio y poesía;
hombres fragmentos de escombros,
hombres mendrugos
debajo de la mesa de capital jauría.

(de *Cuerdas, percusión y aliento*)

BREVE INFORME SOBRE MACHU-PICCHU (fragmento)

A Miguel Múgica Gallo

I

La lluvia cae sobre los siglos
y en una gota,
se oye el rebumbio del Urubamba.
Con sus motores anaranjados
el río arde su espuma a piedra
y desbarata mirada y tiempo.
Los andarines árboles trepan
su vida joven
y haciendo abismos de luces sólidas
el sol arruina sombras sonoras
en un torrente de elevaciones acuchilladas.

El ajetreo de la catástrofe
construye líneas
y el cielo llega con el galope que un trueno guía.

Siento en mis manos
el poderío que da la nada.

Naturacosa tartamudea
ante el desfalco de su riqueza.

Huesos del día quedan tirados
en un recuerdo.

Mis manos huyen de la esperanza
y se refugian en una fecha.

El Urubamba se dice a solas.
Mi nube viaja con rumbo fijo.

Tiros abiertos de golondrinas
tachan errores en el espacio.

Suspendo el vuelo de esta escritura
por pulsaciones del Urubamba.
Hay un convenio con los arcángeles
en cada cima.
Lo enorme con lo fino del dibujo
me está desalojando de mis ojos.
Junto al abismo instalan las orquídeas
su pequeño reinado.

Yo arriesgo una mirada a lo increíble
y siento azul la soledad del tiempo.
Encaramados en cualquier palabra
los dedos abandonan el teclado.

¿Con quién estoy, que siento las preguntas
como un llegar de pájaros?
Una presencia inútil, una mano
que sonríe en mi hombro
¿podiera convencerme de que todo esto
es seriamente realidad? Las cumbres
me ven sin ojos y el aire sin cielo
respira lejos de lo que yo soy.

Nada tengo que hacer en esta
piedra que fue habilitada. Todo está exacto como estaba
salvo los techos que el agua pudrió.

La ausencia se llevó modos y sombras
y sólo quedaron la noche y el día.
¿Por qué construir aquí? ¿Qué decisión
de aislamiento tan alto y rebosante?
Todo a la luz del cielo y a la sombra
de todas las estrellas. Toda entera
la consideración del Urubamba.
Una vida alegórica rodeada
de una especie de injusta perfección.
Nada supimos ni sabremos nunca.

(de *Cuerdas, percusión y aliento*)

TRES POEMAS Y OTROS (fragmento)

4

Del árbol junto al río
tomo el ejemplo: vienen por la tarde
a sus ramas los pájaros.

5

Una herida olvidada
va siendo ya mi vida.
Hay un enorme girasol en medio
de un prado silencioso de violetas.
La integración —para la que nací—
se mira indeclinable. Vivo apenas
para enseñarme a no morir sin vida.

6

La mañana está fresca
como esta llama
que sale de mis ojos
para mirarla.

Un silencio de pájaros ausentes
predomina
y con el cielo metido en mis ojos,
la mañana me mira.

7

Alegrémonos en nuestra sangre
de ser un poco el árbol de la Vida.
Se mira sin deseos, con la sola
mirada de mirar sin ser mirado.

Nadie me ve que estoy mirando.
Y siento que mi sangre
es la sangre del mundo que es mi sangre.

Lomas de Chapultepec, 20 de febrero de 1967.

(de *Reincidencias*)

SIN TITULO

En una de esas tardes
sin más pintura que la de mis ojos,
te desnudé
y el viaje de mis manos y mis labios
llenó todo tu cuerpo de rocío.

Aquel mundo amanecido por la tarde,
con tantos episodios sin historias,
fue silenciosamente abanderado
y seguido por pueblos de ansiedades.

Entre tu ombligo y sus alrededores
sonreían los ojos de mis labios
y tu cadera,
esfera en dos mitades,
alegró los momentos de agonía

en que mi vida huyó para tu vida.

Estamos tan presentes,
que el pasado no cuenta sin ser visto.
No somos lo escondido;
en el torrente de la vida estamos.

Tu cuerpo es lo desnudo que hay en mí:
toda el agua que va rumbo a tus cántaros.
Tu nombre, tu alegría...
Nadie lo sabe;
ni tú misma a solas.

Villahermosa, noviembre de 1971.

(de *Reincidencias*)

ESTO SOY

Nací de olmecas y mayas
y gente española de la montaña y el mar.
Por eso
las cosas saben más de mí
que yo de ellas.
Mi abuela materna
era de sangre indígena.
Mi bisabuelo paterno era peruano.
Soy más agua que tierra
y más fuego que cielo.
Navega en mi sangre
lo más antiguo de México.
Y por el puente de Quetzalcóatl
llegué al taller divino de Jesucristo.
Cristo es Dios; lo demás
es solamente interesante.
Amo más el agua que la tierra
porque ella duplica el cielo.
El viento es mi jirón elemental
y el fuego está en mí

como en el centro de la Tierra.
Gracias a la noche
puedo llevar la cuenta de los días.
He crecido como un árbol
para necesidad de los pájaros.
El jaguar y la serpiente me conocen.
En la piel de uno
el jeroglífico del otro
inscribo. La iguana y yo somos hermanos verdes.
Hay algo en mí de lo que no hablaré
sino hasta el día en que mi corazón enmudezca.
El día en que esto
sea aquello.
El juego saludable
del cielo y la tierra.
Pero pasando
a lo deliciosamente transitorio,
declaro que vivo en mí
para todo y para todos.
El odio animal
se echa a los pies de la Poesía
y descansa un momento
oyendo invisibles coros.
¡Ay de nosotros
si no fuera por la Poesía!
Aunque la realidad, magnífica y sola,
está solamente en Cristo.
Es el Amor
que ha creado el amor.
Yo soy el mendigo de todas las cosas
enriquecido por el Amor.
Flor y canto.
Bolívar
es la montaña de mis ascensiones,
para ver el mundo.
En mi corazón,
está alegremente escondido
Francisco de Asís.
Cuauhtémoc,
enorme diamante sin lágrimas,
que todo lo vio.

Me destrozo y me reintegro con él.
Lo que sea el amor está en mis ojos
para volverme nube en la llanura.
Cuando la sombra está en el cielo
renazco siempre para no olvidarme.

Ella, la Noche, la que me enseña
a ver el Universo.

Aquí estoy, despoblándome de sueños,
yendo a la realidad sin conocerla.

México, D.F., a 9 de julio de 1972.

(de *Reincidencias*)

POEMA

Saber que uno no sabe,
es comenzar a saber.
Y aquí está ya la lluvia que sí sabe
lo que me viene a devolver.
Ay, lo que yo quisiera
saber y no saber.

Y hay en el cielo de mis desnudeces,
con el ritmo de las noches y los días,
el piano de la infancia y el abismo de hoy.
Y el péndulo consigue
que el árbol flote sobre el horizonte
y se mueran los días sin el luto de ayer.
Arrecia el agua contra la vidriera.
Siento en mi sangre el sol y el trueno me da luz.

Y entre las carcajadas de la lluvia
y la voluntad del atardecer,
me digo alegre y humilde:
saber que uno no sabe
es comenzar a saber.

Lomas de Chapultepec, febrero de 1975.

(de *Reincidencias*)

UN SONETO

El material de la noche florea.
Estoy luminosamente escondido.
Tiene el jazmín de Arabia tanto fluido
que así es la perfección que redondea.

Algo que nace, como que aletea.
Un átomo de vida se ha encendido,
y el universo ejerce su tarea.
¿Dónde estará la fuente del olvido?

En el incendio inútil de una rosa
pereció perseguida mariposa.
La noche puso en pie nombres callados.

Todos los sueños estaban despiertos;
y la vida con los ojos cerrados
y la muerte con los ojos abiertos.

Lomas de Chapultepec, 4 de octubre de 1976.

(de *Reincidencias*)

ELEGÍA

En las tardes
abecedariamente desleídas
sobre el cuaderno triste de la aldea,
tú me decías
las cosas eternas
con la dulzura de tus ojos
que perseguían mis palabras por parejas.
Yo te contaba el cuento de mis viajes
cual si te recitase una balada;
porque entre Río de Janeiro y Buenos Aires
hallé tu nombre escrito 100 veces sobre las casas.
—“Es que el mundo se llama como tu novia”,
me decían mis amigos.

Y yo salía a regalar tu recuerdo
ciego de ti.
Y enjardiné mi soledad
entre las muchedumbres.
Y a las vocales del mar
entraba yo desnudo como una L.
Un día descubrí una isla
(naturalmente muy cerca de la playa),
y se me fueron las lágrimas en plena geografía
al saberla con tu nombre y mi abundancia.
Y esa noche yo grité tu nombre
y me respondió la muerte cada vez más joven
caminando sobre el recuerdo de tu sonrisa.
.

En las tardes
abecedariamente desleídas
sobre el cuaderno triste de la aldea,
yo te contaba el cuento de mis viajes,
y tú alzabas en tus ojos el poema.

París, 1927.

(de *Poemas no coleccionados*)

RECUERDOS

I

Amanece en mis ojos
con la luz ya redonda.

Miro tu lecho vacío
y mi soledad se esponja
como una dalia encontrada muy lejos
y un poco en la sombra.

Digo tu nombre a las cuatro paredes
en que no puedo encerrar tu persona.

Y la columna armoniosa de tu desnudez
a la que yo amarro toda mi forma,
tiene de luz, tiene de color,
tiene el esplendor de una esbelta corona.

Amo tu cuerpo desnudo
como a una nube reflejada en el agua.
Muero y renazco estrechando tu cuerpo
rebotante de noche estrujada.
Tempestad en un vaso de sangre
que estremecen abrasos y besos. Tu espalda.

Por la enorme ventana del día
aviento mis ojos —puñado de pájaros—
y te guardo mis voces de ausencia
cantando este canto.

II

¿Me deja un momento
reclinarme en su hombro?

Me dijiste y por unos instantes
yo fui tu tesoro.

No volvimos a vernos.
La ausencia furiosa pobló mis contornos.
Yo estaba entre ríos y bosques.
Tú entre altas montañas de luces mirándolo todo.

Los días abrieron sus rosas
no obstante que al día caía el otoño.
Y otra vez al volver de una cena,
te besé silencioso.

Después de otros días
nos dimos frenéticos ya el uno al otro.

Y desde entonces, semanas y meses,
con tajos sangrantes de ausencia,

uno solo
y todo,
somos.

Pero hay una sombra sobre nuestra dicha
a pesar de todo.

Unas veces el llanto está a flote
y otras veces muy hondo, muy hondo.
Cuando nos encontramos,
ya la herida brillaba en el fondo.

Nuestro amor está un poco escondido
en un dulce rincón del otoño.
Pero hay algo más fuerte que el día
y así llenas de suspiros mi cuello y mi hombro.

III

Antes era Junio. Ahora es Septiembre.
Pienso en ti y mi amor es tan grande,
pienso en ti y el amor es tan fuerte
que la luz deslumbrante de Junio
es el jugo frutal de Septiembre.

Llueve el hondo pesar de la dicha
que ha llegado tal vez a deshora.

En tanto que afuera la lluvia nocturna
anticipa plenitudes a las rosas.

Y te adoro y tu ausencia me da
la certeza de un día sin vida.
Deslío tu nombre en mi nombre
y cierro los ojos a todo,
dejando en un lago de olvido la flor de tu isla.

Tepoztlán, Morelos, a 13 de julio de 1955

A.G.S.T.

(de *Poemas no coleccionados*)

COSILLA PARA NACIMIENTO

Todos los girasoles que fueron pájaros
canta y alumbran.
La mañana se dice
como ninguna.

Lo que pasa es tan claro
y es tan enorme
que con sólo cuatro árboles
se tiene un bosque.

Si al pequeño planeta
le nace un sol
es porque todo es fuego
su corazón.

Quemémonos y ardamos
entre ese fuego
como la sombra limpia
que da la alhomada
del mejor sueño.
La colina desnuda
se viste a solas
con toda la mañana
que la rodea y atesora.

¿Quiénes son estos Reyes
de ámbar y oro
que en un rayo de luz
han llegado sonoros?

Al hijo de un obrero le llaman Rey.
Es el Rey de la Vida
es la Paz y el Amor.

El mundo pequeñito
se ha vuelto enorme
porque Dios ha nacido
para los hombres.

Porque Dios ha nacido
bajo la noche,
la noche será el pozo lleno de estrellas
que nos asombre.

Saltará el corazón
en la paz de la noche

[1952]

(de *Cosillas para el Nacimiento*)

COSILLA PARA NACIMIENTO

Por el agua y la tierra,
noche en el aire.
Por el agua del día
vienen los ángeles.

Apenas en el mundo
un Niño cabe:
pedacitos de cielo
son sus pañales.

Como un pájaro nuevo
la noche canta.
Hay palabras y estrellas
en su garganta.

Lo que dice la noche
del agua sale.
Porque nadie lo ve,
todo se sabe.

Se sabía del Niño,
se sabía del aire,
de la noche en el agua
cítara y ángeles.

[1957]

(de *Cosillas para Nacimiento*)

COSILLA PARA NACIMIENTO

El águila y el vuelo
consideran la Luz de la Estrella
esta noche de Luz.
Después volarán a Patmos.

La federación de las piedras
me dice que un día
tendremos en manos
al Niño Jesús.

Todo es luz en la luz
esta noche de luz.

La gente que viene de lejos
viene a acercarse a la vida.
Lo eterno aparece en el tiempo.

Esta noche es el día más alto:
perdonar es matar a la muerte
y es nacer de una flor y de un canto.

Francisco de Asís inventó el Nacimiento
La Tierra fue
su primer Cielo.

La alegría está en Cristo.
Francisco sangró de alegría
por Cristo.

La Paz está en Cristo.
Sólo por Él seremos
espacio infinito.

Contra el odio el amor.
Contra el odio el amor.

Día de Navidad de 1976.
Lomas de Chapultepec

(de Cosillas para el Nacimiento)